

El diablo de Milán 3

Prueba de amor



Cathryn de Bourgh

El diablo de Milán 3- Prueba de Amor- Cathryn de Bourgh. ©Todos los derechos reservados.

©Cathryn de Bourgh 2017. Prohibida su reproducción total o parcial sin el consentimiento de su autora. Trilogía ficción romance El diablo de Milán Tercera entrega. Desenlace.

Amparada en la ley universal de derechos de autor y de la ley 16.716 de la República Oriental del Uruguay.

E-mail autora: Cathryndebourgh@gmail.com

TABLA DE CONTENIDOS

El diablo de Milán 3-

Prueba de Amor

Cathryn de Bourgh

El diablo de Milán 3-Desenlace

Cathryn de Bourgh

Primera parte.

París

El taller

La llamada

La trampa

Infierno

La luz

Un nuevo comienzo

El diablo de Milán 3-

Prueba de Amor

Cathryn de Bourgh

Nota de la autora.

Esta es la tercera entrega de la saga El diablo de Milán y desenlace. La historia de amor de Varina y Lucio Valenti, trilogía compuesta por El diablo de Milán, El diablo en la sombra y Prueba de Amor.

El diablo de Milán 3-Desenlace

Cathryn de Bourgh

Primera parte.

París

Muchas cosas habían cambiado esos días. Lucio acababa de descubrir que su primo loco era quien estaba detrás del acoso que había sufrido Varina y eso lo llenaba de una mezcla de pena y rabia. No podía creerlo, a decir verdad.

El hermano de Giovanni, Tadeo, lo había llamado para pedirle perdón.

—Lo siento mucho, jamás creí que mi hermano fuera capaz. Te juro que de haber sabido...

—Está bien, no es tu culpa.

Valenti ya estaba harto de toda su familia a esa altura. Bromas pesadas, intrigas, mentiras...

—Lo lamento ¿sí? Pero creo que es injusto que vaya a la cárcel, él está enfermo Lucio. Tú lo sabes bien.

Lucio suspiró.

—Sí que lo está, pero el juez ha dicho que era consciente de lo que hacía. Es imputable, ¿entiendes? Plenamente responsable de sus actos.

Tadeo emitió un sonido a través del teléfono.

—Pero tú sabes que no lo es, que si hizo lo que hizo fue porque estaba enamorado de tu esposa. Es una locura amorosa, una enfermedad, no puedes dejar que por eso...

—Bueno, yo no soy el juez Tadeo, ¿lo olvidas? Y es mi esposa, si fuera tu

esposa no estarías tan tranquilo de quitarle la pena al hombre que estuvo acosando a tu esposa y que hizo algo más que eso.

—Sí, lo sé, te entiendo y te pido perdón pero tú sabes que mi hermano está enfermo.

Lucio se mantuvo firme. No retiraría los cargos ni pediría que se lo considerara “inimputable”. No esta vez. Demasiada paciencia había tenido con ese chiflado. Giovanni no era su responsabilidad.

Necesitaban un descanso y ese día al volver del trabajo le dijo a Varina que irían a Francia antes de lo previsto. Acababa de hacer las reservaciones.

Los ojos verdes de Varina se iluminaron. Estaba feliz. Toda esa situación había sido tan estresante.

Días después, viajaron a París y recorrieron la ciudad antes de Valenti tuviera que trabajar en el nuevo evento de la sucursal recientemente abierta.

Mientras paseaban por la ciudad, Varina recibió una llamada de su tía. Pensó que quería preguntarle cómo iba todo y no se equivocaba pero luego supo que había otra razón.

—Tu padre te envió una carta, Varina. Quisiera que la leyeras, realmente se me parte el alma... —dijo y su voz se quebró.

—¿Mi padre?—Varina tuvo un mal presentimiento. .

—Sí, él necesita verte con urgencia. Está enfermo y teme que no le quede mucho tiempo.

—¿Qué tiene?

—Creo que tiene cáncer pero no dio detalles. Sólo que debe operarse de

urgencia en unas semanas y antes quiere verte. Necesita hablar contigo, que lo perdones. Sé que tú le guardas rencor pero te ruego que vayas a verle. Te hará bien. Por favor. Él quiso acercarse sí, pero yo me negué porque tenía miedo... tú eras mi niña y quería lo mejor para ti y él era un bohemio, bebía, fumaba y pensé que no sabría criarte.

Varina se dejó caer en un sillón.

—¿Entonces lo que mi padre dijo era verdad, tú no querías que me viera?

Varina ya lo sabía pero quería saber por qué lo había hecho.

—No... no quería—le confesó tía Giuliana—Tú sabes la historia, él no se portó bien con mi hermana y a ti de chiquita y yo lo odiaba. Siempre lo odié y cuando fue a buscarte tuve miedo de que te llevara a Francia y nunca más pudiera verte.

—Sí, eso pensé... entiendo lo que dices pero no tenías derecho tía, yo quería ver a mi padre. No tenías que alejarlo así y dejar que creyera que era un malvado. Tú sólo me enseñaste a odiarlo por haberme abandonado y ahora que se está muriendo te sientes culpable. Y yo me pregunto cuántos secretos horribles escondes sobre eso.

—Varina no, por favor, no digas eso. Lo hice por tu bien, ¿qué vida habrías tenido en París? Él vivía para su arte, para beber, habrías terminado embarazada a los quince años viviendo con algún pintor mediocre o algo peor—estalló su tía.

—Bueno, eso es lo que tú imaginas. En realidad no lo sabes porque nunca pasó y además, yo me habría quedado viviendo contigo tía Giuliana, pero también necesitaba ver a mi padre de vez en cuando no que le cerraras la puerta en la cara y me apartaras de él y luego me hicieras creer que nunca le importé un rábano.

Varina lloró, no pudo evitarlo y Valenti se acercó furioso y le dijo a su tía por

teléfono que no era justo que hiciera eso.

—Su sobrina está embarazada y no puede estresarse, debió esperar para esto o hablar conmigo primero.

—Lo siento mucho Lucio, de veras pero esa carta... el padre de Varina está muy enfermo y quiere verla. Tenía que decirle.

—Está bien, entiendo... no es una situación sencilla. Por favor, envíeme la dirección por mensaje para ir a visitar a su padre. No sé si Varina querrá ir pero estamos a un paso de Paris.

—Está bien, sí lo haré. Disculpa Valenti, no quise angustiar a Varina pero todo fue tan inesperado y cuando vi esa carta morí de angustia.

Valenti pensó que parecía un despropósito. Primero su primo loco había estado acechando a su esposa y ahora el padre de Varina enviando un S.O.S desde Paris. Todo conspiraba contra su tranquilidad, demonios, parecía que quería sabotear su pequeña luna de miel.

Varina quedó muy afectada y él furioso por esa llamada tan inoportuna.

—Escucha preciosa, no tienes que decidir nada ahora, no es el momento. Olvida lo que te dijo tu tía, ¿sí?

—Pero ¿cómo crees que me siento? Me llama para decirme que era verdad, que mi padre me buscó y ella lo negó, dijo que nunca se preocupó por verme ni nada.

—Bueno, pero no es tu culpa.

—Me han mentido, siempre me han mentido para que no viera a mi padre, no querían que viajara a Paris, quisieron convencerme de que no fuera.

—Y tú padre pudo insistir.

—Él está muy enfermo Valenti, me necesita. No puedo ignorar ese llamado.

—Varina, ten calma ¿sí? Tranquilízate. Si quieres te llevo a ver a tu padre mañana pero no pienses tanto en esto, ni dejes que te afecte. Y creo que no sería buena idea que te enfrentaras ahora con esto.

—Tengo que hacerlo, no puedo esperar, si está grave y quiere verme, debo ir.

La cara de Valenti era un cuadro. Estaba furioso. Sus familiares parecían confabulados para arruinar su segunda luna de miel.

El taller

Varina entró en la casa de su padre en Sacre Coeur al día siguiente, temprano en la mañana, él la esperaba y nada más entrar en la casa vio el retrato de una niña rubia descalza y se emocionó. Diablos, era ella cuando tenía dos o tres años, con rulos y cintas rojas, caminando por la casa en la que nació con una muñeca de trapo bien sujeta del brazo mientras miraba al pintor con cara de sorpresa. Su padre la había pintado y parecía estar viva y atrapada en algún recuerdo de infancia.

—¿Eres tú, preciosa?—preguntó Valenti al ver ese cuadro mural.

Ella sonrió y asintió despacio.

Su esposo sonrió.

—Mi amor... Pareces una de esas niñas antiguas de comienzo de siglo— señaló mientras se acercaba para verlo más de cerca—Qué hermoso retrato, deberíamos tenerlo cuando compre una casa de fin de semana, preciosa.

Estaba lleno de retratos y Valenti dijo que tal vez podría convencer a su padre de que le obsequiara uno.

Etienne Dumont, el pintor y padre de Varina apareció de pronto en el umbral y sonrió emocionado al ver a su hija. No podía creer que estuviera allí, su anterior encuentro había sido tan triste.

—Varina... Gracias por venir, pensé que...

Se abrazaron y luego Varina le preguntó cómo estaba.

—Estoy bien. Un poco cansado pero... no quería dejar pasar el tiempo. Necesito hablar contigo con calma, decirte lo que pasó. Porque no quiero irme con este peso en el corazón.

Varina se emocionó al oír sus palabras.

—No estás bien papá, te ves más delgado—dijo.

Entonces su padre notó su pancita y se puso serio.

—¿Agnes tú... estás esperando un bebé?—parecía sorprendido.

Varina asintió y su padre se emocionó mientras la felicitaba.

—¿Cuándo nacerá?

—En tres meses y medio. Es una niña.

Su padre guardó silencio.

—Me gustaría poder pintarte así, esperando a tu bebé. Dios mío, cómo pasa el tiempo. Si me parece que fue ayer que corrías por la casa del Sacre Coeur.

Mientras su padre hablaba apareció en escena un joven que debía ser médico y se presentó como el doctor Emile. Estaba en la casa y tomaba un refresco mientras hablaba con su padre.

Entonces apareció un grupo de pintores entrando así de repente, sin golpear, y luego se alejaron mientras el doctor insistía en que debía operarse.

—¿Qué sucede, papá?—preguntó intrigada.

El doctor le explicó que su padre tenía cáncer en una fase muy inicial y podía curarse si se operaba.

—Pero su padre no quiere señora, si puede convencerle.

—Lo haré, o al menos lo intentaré—le respondió ella.

Varina pensó que la casa de su padre era una especie de casa del pueblo pues todo el mundo entraba y salía y más gente volvía a entrar. Pintores, artistas, jóvenes que estudiaban arte, periodistas y ese doctor que insistía en que debía operarse y llevar

una vida más sana.

No era el marco adecuado para un reencuentro.

Varina sintió que no podría estar a solas para conversar sobre el pasado y saber la verdad, no quería hablar frente a extraños. Y como si él sospechara eso dijo:

—Ven, siéntate Agnes. Prepararé un café... ¿desean tomar un café o...?—su padre vaciló mientras miraba a Valenti...

—No se preocupe señor Dumont, no nos quedaremos mucho tiempo—respondió su esposo.

Ella sonrió y aceptó sentarse en un sillón muy colorido de la sala mientras veía los otros retratos y deseaba preguntarle cuándo los había pintado. Su madre estaba en varios retratos y no pudo evitar acercarse a uno, momentos después en el cual ella estaba en brazos de su madre. Su madre sonreía y no era esa joven enferma y triste que recordaba, al contrario, era una mujer joven muy guapa y alegre.

—¿Esa es mamá?—dijo ella tocando la pintura.

Su padre asintió visiblemente emocionado.

—Era preciosa, como tú Agnes—respondió.

Ella lo miró. Su padre seguía llamándola Agnes pero ella se sentía rara con él. Siempre había sido Varina.

—No entiendo por qué me cambiaron el nombre pero Agnes me parece muy extraño—dijo al fin.

—Así te llamó Sophie, Agnes, porque eras un angelito rubio y regordete cuando naciste. Todavía pareces un ángel y quisiera pintar tu retrato un día. ¿Me dejas pintarte, cielo?

Varina no estaba segura de poder posar durante horas para un retrato.

—Tal vez más adelante, ahora creo que me atacaría la ansiedad de pensar que estaría horas posando para ti—le respondió mientras miraba con fijeza los retratos de su madre. ¿Cómo habría sido ella realmente? ¿Por qué estaba tan triste y solitaria? Casi sentía rabia al recordar y sus sentimientos era contradictorios. Por un lado sentía curiosidad y pena por ese hombre pero también le guardaba cierto rencor. Trataba de controlar eso pero no siempre lo conseguía.

Deseaba tanto poder llevarse algún retrato de su madre pero no se atrevió a pedirlos. Valenti habló con su padre un momento y de pronto apareció un joven muy alto de cabello oscuro y lacio por los hombros y unos ojos azules grandes y expresivos. Su andar despreocupado y su carpeta de dibujos lo delataban como pintor.

Pero sus ojos se detuvieron en Varina sin ver a nadie más mientras sonreía.

Ella notó que Valenti se ponía celoso, lo vio en su cara y sonrió mientras su padre los presentaba. Era un pintor joven muy talentoso que solía visitar su casa, como otros, pintores que entraban y salían, charlaban, bebían una cerveza y llevaban esa vida bohemia y despreocupada.

Valenti parecía el empresario yuppie de la city y los demás, un montón de hippies de los años sesenta.

El pintor de los ojos azules se acercó para conversar con Varina y mostrarle sus pinturas.

Pero ella se puso nerviosa al ver la cara de Valenti. Estaba celoso como un muchachito, no podía creerlo.

Su mirada oscura lo decía todo y entonces dijo como al pasar: —Mi amor,

creo que debemos irnos. Has estado parada todo el tiempo y ya es hora de almorzar.

Su tono no admitía réplica pero Varina comprendió por qué lo hacía. La excusa era su estado sí, había estado parada, yendo de un lado a otro pero la razón eran sus celos.

Y Varina notó que su padre se sintió mal y se disculpó.

—Estoy bien papá, ¿vendré mañana sí?

—¿Mañana?—repitió Valenti sorprendido—Mañana no podemos, tal vez el jueves.

Varina hizo un gesto de impaciencia mientras se despedía de su padre y veía al pintor pelilargo que la miraba embobado.

Y mientras iban en su porche, Valenti bufaba.

—Demasiados pintores para mi gusto. ¿Y tú dejarás que tu padre te pinte? No, ni sueñes. No puedes estar hora parada. Que te haga un retrato de una fotografía y listo.

—Lucio por favor, quiere hacerme un retrato. Tiene un montón en su casa, tal vez quiera uno actual.

—Pues me gustaría que te obsequiara alguno para poder llevarlo a Milán a nuestro departamento.

—Bueno, son sus pinturas, me encantaría tener alguna pero...

—Luego más adelante. Seguramente te dejará en herencia sus pinturas.

Varina se puso seria.

—No quiso hablar de su enfermedad pero...

—Tiene cáncer, preciosa, y van a operarlo pero no le han dado demasiadas esperanzas. El cigarro, la bebida, no se ha cuidado demasiado la salud.

—Qué pena... si me hubiera dicho antes. No sé por qué mi tía hizo eso, por qué fue tan cruel. Sólo porque mi padre era un artista y no tenía dinero. No es justo.

—Varina, no te atormentes por eso, no fue tu culpa y tu tía te dio un hogar, una educación, ella te crió. ¿Qué vida habrías tenido en ese taller rodeada de hombres? Ese no era el ambiente para criar a una niña o te habría enviado a un colegio y...

—Me siento furiosa con todo esto, tía Giuliana me dijo mentiras, me contó la historia que ella quería contar, la que convenía a sus planes. ¿Qué le costaba compartir? Era mi padre y si quería verme... aunque fuera en vacaciones, en navidad. Nunca pude estar con él y él me buscó y me hicieron creer que no me quería, que nunca le había importado. Mi tía fue cruel y egoísta y no me digas que fue por mi bien, pudo dejar que lo viera, era importante para mí.

—Varina, tú tía fue como una madre no la odies, eso no es bueno. No lo hagas mi amor, te hará daño. Debes tomarte un tiempo para procesar todo esto, lo necesitas. Y mientras disfruta este tiempo con tu padre sin atormentarte por el pasado. Tal vez tu padre pensó que estabas bien cuidada, que tenías una familia y una vida como él habría deseado y por eso... bueno, ¿qué importa ahora?

—Sí importa, estoy llena de rabia. Tanto tiempo odié a mi padre, me alejé tanto de él que ahora siento un vacío espantoso, no puedo sentir amor sino compasión, compasión ante un extraño. No logro sentir eso que supongo se siente por un padre.

—Bueno, es natural, hace años que no lo ves, no puedes simplemente abrazarlo y sentir que es tu padre. Porque durante años no lo tuviste y no es lo mismo que un padre al que ves siempre. Pero es importante para él que estés allí, y necesitas tiempo y todo esto, es tan inoportuno, tan injusto. Varina, debes pensar en la pequeñita que

viene en camino, no puedes ponerte así, angustiarte, ni sentir rabia, nada que te altere. Porque eso te provocará estrés.

—Bueno, ¿y qué quieres que haga? Esto es algo que debo enfrentar. No puedo escapar. Sé que será difícil pero...

—Bueno, difícil será que puedas tener un tiempo con tu padre cuando vive en una especie de taller artístico donde entran y salen artistas cada segundo.

Varina sonrió.

—Vaya, creo que estás celoso, amor.

—No... sólo pienso en que tu tía tenía razón, tu padre pintando cuadros y tú rodeada de pintores. ¿Qué futuro habrías tenido?

—Bueno, creo que habría tenido muchos novios pintores o tal vez me habría dedicado a pintar. Quién sabe.

Valenti seguía muy serio cuando llegaron al restaurant. Vaya, nunca lo había visto tan celoso.

Pero Varina cambió de tema, quería saber qué tenía su padre.

—Tiene cáncer en un pulmón y no se sabe si puede haber más órganos afectados. Hay que operarlo. Tendrá que someterse a quimioterapia y al parecer no quiere.

—¿Qué no quiere?

—No... cree que puede curarse con un médico naturalista o algo así, sin quimio. Es lo que habló con tu tía al parecer.

—¿Y cree que la medicina alternativa lo curará? Bueno, tal vez tenga razón. Hoy día hay muchas terapias y curas alternativas y...

—Pero no contra el cáncer, el cáncer sólo se cura con quimio o radio terapia y operando. Extirpando tumores. No hay otra manera—declaró Valenti muy seguro—Tal vez tú puedas convencerlo. Pero si no te da corte no te desanimes ni te culpes, porque tú lo ves, su vida es el arte. Y fuma como murciélago.

Varina se emocionó al recordar los retratos, quedó muy afectada por esa visita, no podía negarlo. No hacía más que pensar en el pasado y recordar. Fue como ver su vida en ese taller, su infancia escondida allí, en un rincón de Paris, junto a su padre.

En los días siguientes fue a visitarle acompañada siempre por su esposo. En ocasiones salían a almorzar juntos y en esas visitas pudo convencerlo de que se atendiera. Él sin embargo no estaba muy esperanzado y dijo que sentía que le llegaba su hora.

Eso angustió mucho a Varina. Pero esta vez no lloró sino que le gritó que peleara.

—¿Acaso vas a rendirte?

Él la miró sorprendido, no era un hombre de gritar ni nada, siempre estaba tan tranquilo, tan en su mundo pero eso la exasperaba, en especial cuando decía que la vida era un viaje y él sentía que había llegado al final de la estación. Diablos. El final lo decidía uno en ocasiones.

—Perdona tesoro, no quise que pensaras que... no soy un cobarde. Sólo acepto que es una realidad—le respondió su padre.

—Pues no entiendo tu forma de pensar. Deberías luchar en vez de rendirte.

—Y lo estoy haciendo pero no creo que sirva de mucho.

Varina lo miró y se guardó lo que pensaba.

Estaba allí, quería compartir momentos y apoyarle pero se sentía tan lejos de su padre. Era tan distinta su forma de vivir, de pensar. Toda su vida viviendo en esa casucha, sin cambios. No buscó una esposa ni tampoco hizo más hijos, eso era bueno y malo. Para ella era bueno, pues no sabía si habría soportado tener hermanos pero para

él era malo porque significaba que realmente eso de tener un hogar estable con esposa e hijos no era para él por eso se había largado hacía tantos años.

Y un día en que estaban solos porque Valenti había tenido que salir, por primera vez le preguntó por qué no se había casado.

Su padre tenía una mirada de tristeza o indiferencia, no estaba segura. Pero antes de que respondiera supo que no le importaba.

—Me enamoré de tu madre y para mí sólo hubo un amor. Lo demás fue pasatiempo, necesidad, una necesidad egoísta—le confesó.

—¿Y si tanto la amabas por qué la dejaste?

—Yo no la dejé, eso no es verdad ángel. Jamás la habría abandonado pero estaba muy enferma, ella sufría una enfermedad que la dejaba postrada en la cama y sus padres no fueron buenos con ella. Y su hermana italiana lo que quería era llevarte a ti, porque eras una niña preciosa y ella no podía tener hijos. Lo intentó todo por supuesto pero no podía tener niños y vio su oportunidad de ser madre y desde que tú naciste te quería para ella. Se obsesionó creo. Y se aprovechó de nuestra desgracia, yo me quedé cuidando a tu madre hasta que murió, ¿entiendes? A ti te contaron otra historia, lo sé y cuando ese día te vi la emoción de verte adulta, tan hermosa, fue tan grande que callé la verdad. Lo hice durante muchos años porque yo debía cuidar a tu madre, no podía cuidarte, es verdad pero luego cuando te busqué tu tía italiana me prohibió acercarme a ti, me hizo una denuncia y como tenía un marido millonario dijo que jamás podría recuperarte. Yo era pobre y tú lo sabes, las personas pobres no pueden tener un abogado, ellos compran todo y la muerte de tu madre me dejó devastado, deprimido. No sé ni cómo logré sobrevivir. Pero siempre dije que moriría si algo le pasaba a

Sophie, lo juré y aún lo siento. Siento que una parte de mi murió, que nunca más podría amar a otra mujer ni ser feliz. Y luego de que tu tía te llevó, luego de perderte sentí que no tenía nada más para luchar en esta vida y que no importaba si moría mañana. Un amigo se me acercó entonces y me dijo que la italiana te adoraba y te daría un hogar feliz y comodidades, buena educación y que cuidaría de ti mucho mejor de lo que yo con mi depresión podría hacerlo. Tenía razón, lentamente le di la razón. Comprendí que no tenía dinero ni estaba bien de la cabeza, bebía y tomaba medicación para levantarme de la cama, luego para poder dormir, mi vida era un desastre ángel.

—Pero yo quería verte, al menos en vacaciones, en navidad, poder visitarte aquí... y mi tía me hizo creer que tú me habías abandonado y no querías saber nada de mí.

Su padre puso cara de rabia e iba a decir algo, a maldecir a la italiana pero se aguantó.

—Bueno ahora sabes la verdad. Tu tía quería alejarme de ti, tenía terror de perder la custodia y por eso te alejó de todo. Hasta de tu madre.

—¿De mi madre?

—Sophie vivió muchos años luego de tu partida, pero no estaba bien para criarte, y en una de sus visitas tu tía vio que no estabas bien cuidada y pidió para llevarte pero yo me negué. Fue el comienzo de una guerra legal que ella ganó por supuesto. El resto ya lo sabes.

—No puedo creerlo, entonces mi mamá estaba viva cuando me llevó y me hizo creer que había muerto.

—Sí, lo hizo. Pero no la odies Agnes, eso no te hará bien. Tú tienes que saber

la verdad para que tus heridas puedan curar. Cuando te vi ese día vi tanto dolor en tu corazón, tanta rabia y odio. Eso no debió pasar, ella no debió contarte esas mentiras, debió decirte la verdad. Sólo eso. La verdad, en vez de esas mentiras que te hicieron daño, porque es muy triste pensar que tus padres te abandonaron. No fue así.

Varina lloró al pensar en su infancia, en ese hogar con sus tíos.

—¿Y tú crees que yo prefería ser criada por tíos adinerados en vez de estar con mis padres, con mi familia? Me crees tan frívola e interesada. Diablos, nunca me importó el dinero, sólo quería estar con mis padres, y ahora que sé que mi madre aún vivía... ¿y tú me pides que perdone a mi tía? Fue una egoísta, fue muy mala.

Valenti llegó en ese momento a tiempo de escuchar la última parte de la conversación y también para llevársela. Pasaba demasiado tiempo en ese taller y no le agradaba ese hombre ni sus amigos.

Varina lo miró agradecida cuando llegó, estaba llorando y no tardó en enterarse de las últimas revelaciones.

La llevó a dar un paseo para que se distrajera.

—Varina, esto es demasiado. El hecho de que hables con tu padre y trates de pasar tiempo con él no le da derecho a llenarte la cabeza—se quejó Valenti—Tú tía fue como una madre para ti, te crió, te cuidó, no puedes odiarla porque a fin de cuentas quien no estuvo fue tu padre. Sé que tal vez hubo circunstancias que justifican eso, algunas pero... no es justo que ahora te pelees con tu tía y digas que no vas a hablarle nunca más. Se preocupó por ti, te dio cuidados y un hogar, algo que tus padres no te dieron. Es la verdad. Tu madre estaba enferma y tu padre debía cuidarla, no podía hacerse cargo de una niña pequeña.

—Sí, lo sé pero no es fácil para mí todo esto... es demasiado.

—Es verdad, es demasiado y además en tu estado no puedes estar teniendo estos disgustos. Varina, estamos aquí de vacaciones y te lo has pasado llorando. Al diablo con todo esto. No quiero que regreses a ese taller.

—Pero él espera que vaya mañana, está pintando mi retrato.

—¿De veras? Pues no me interesa. Pasas más tiempo en ese taller que conmigo y era nuestro viaje, nuestro escape para estar juntos. Y ahora tu padre; el gran ausente de tu vida, quiere hacerte un retrato y no deja de llenarte la cabeza contra tu pobre tía, la única que te crió y te dio un hogar. Pues déjame decirte que es muy injusto, que el hecho de que tú lo perdones porque está enfermo no significa que tengas que creerle todo lo que te dice. Porque no sería justo con tu tía que ahora tú decidas no hablarle más por lo que hizo. Lo que hizo fue lo que cualquier persona sensata haría: criar a una niña que estaba abandonada por su familia, desatendida y sin lo más básico.

—Dices eso porque sientes celos de mi padre, no puede ser que tengas esos celos.

Valenti se puso serio.

—No es verdad. Eso no es cierto. Sólo soy objetivo y digo lo que pienso. No son celos.

—Pero no quieres que vaya.

—Es verdad. No quiero que te pases el día entero en ese taller, nos quedan sólo tres días aquí y no hemos podido estar a solas ni uno solo, siempre debes irte a lo de tu padre.

—Él me necesita, Valenti, por favor intenta comprender. No es una

competencia, sé que nos quedan pocos días pero...

—¿Y tú vas a pasarte encerrada en ese taller?

Varina se sintió mortificada. No quería pensar en regresar a Italia y ver a su tía, no quería saber de nada con eso, realmente la ponía mal.

—Quisiera quedarme unos días más aquí, con mi padre.

Esas palabras alarmaron a su marido.

—¿Sola en París? Ni lo sueñes.

—Pero tú puedes regresar y yo me quedaría con mi padre una semana más.

Valenti no dijo nada pero notó que estaba furioso y la idea de que ella se quedara en París era la causa.

Se hizo un silencio lleno de tensión mientras almorzaban en el restaurant.

Varina pensó que era injusto, ¿por qué no podía quedarse? ¿Acaso no confiaba en ella?

—Acaso se te olvida que estás embarazada, Varina?—dijo de pronto su marido.

—¿Y eso qué? Todavía faltan tres meses.

—Varina, no voy a discutir sobre esto. Regresarás conmigo en tres días como habíamos acordado. Quedarte sola aquí está fuera de toda discusión.

—Pero yo necesito unos días, no quiero regresar ahora a Milán.

—Preciosa, tengo una empresa que gobernar, sí, tengo asuntos pendientes no puedo quedarme aquí más tiempo.

—Y por qué no quieres que me quede en casa de mi padre, serán unos días. O puedo quedarme aquí.

—¿En casa de tu padre, un lugar infestado de pintores beodos? Ni lo sueñes. Además el bebé puede adelantarse y entonces ¿qué hará tu padre? Nada porque no tiene idea.

—¿Eso crees? Pues es tan sencillo como ir al hospital más próximo. Supongo que la tarjeta que me diste tiene cobertura médica.

—Sí, por supuesto. Pero ese no es el punto. No quiero que te quedes sola aquí o con tu padre, que es lo mismo casi. Si él fuera un hombre más normal y despierto pues me sentiría más tranquilo pero como vive en su mundo, no creo que él pueda protegerte Varina.

—¿Protegerme? ¿De qué debería protegerme? ¿Acaso soy tan imbécil?

La discusión se volvía cada vez más acalorada, pero Varina dijo que no quería regresar a Milán, que estaba harta de vivir entre guardaespaldas por todas partes y quería una vida sencilla y tranquila en París, como siempre había soñado. ¿Por qué no podía ser?

—Y quiero quedarme con mi padre, nunca tuve un padre... mi tío lo fue sí, pero ahora que lo encontré quiero estar con él, el tiempo que le quede de vida. Por favor. Trata de entender. No es un capricho, es una necesidad.

—¿Y cuánto tiempo planeas quedarte aquí?

—Una semana o tal vez dos.

—No creo que sea prudente. ¿Además eso qué cambia? Tu vida está en Milán y allí hay un hombre llamado Lucio Valenti que es tu marido, por si se te olvida, y pronto nacerá nuestra niña. Y tú al parecer quieres cambiarlo todo por un padre pródigo que ahora regresó y pretende recuperar el tiempo perdido poniéndote ideas

locas en la cabeza.

—Lucio por favor, no digas eso. ¿Crees que me importa más mi padre que nuestro matrimonio? eso es muy injusto, sólo te estoy pidiendo unos días, no te estoy dejando, ¿cómo puedes decir eso? ¿Es que no puedes entender nada que no sean tus propios intereses?

—Bueno, es que creo que tú no piensas. ¿Acaso te gustaría que yo me quedara en París y te dejara sola dos semanas en tu estado, con un bebé en camino y a punto de nacer? No me hagas esto, no me digas que no te entiendo, claro que entiendo que estás confundida, abrumada por haber encontrado a tu padre y además por su salud, eso lo entiendo. Pero no puedes pedirme que te deje sola aquí. Escucha, puedes llamarlo las veces que quieras, y más adelante, podemos regresar y visitarlo los fines de semana si te parece. O tal vez pedirle a tu padre que viaje a Milán, porque cuando nazca Romina no podrás viajar así, con una bebita recién nacida. Nuestra vida va a cambiar entonces. Pero estos meses son cruciales, tú lo sabes, debes cuidarte para que la niña nazca a término y no antes. Es por ella, ¿entiendes? Por esa pequeñita que viene en camino, de no estar embarazada no me inquietaría que te quedaras dos semanas aquí, pero en tu estado es delicado y lo sabes.

Varina lo miró.

—Tú siempre mandas, no puedo trabajar, no puedo quedarme aquí. Como si fuera tu propiedad.

Valenti sonrió.

—Es que eres mía preciosa, mi mujer. Y la idea del matrimonio no es que puedes irte cuando se te antoje y abandonarme.

—Yo no voy a abandonarte, ¿por qué dices eso? Es injusto, tú sabes por qué te lo pedí.

—Sí, ya lo sé pero mi respuesta es no por las razones que te expliqué, ahora olvida esa loca idea de quedarte. No discutiré de nuevo este asunto.

Varina lo miró enojada y cuando poco después dejaron el restaurant y regresaron a su departamento seguía de mal humor. No quería regresar a Milán, quería quedarse en París con él, pero claro, él no aceptaría, Valenti sólo pensaba en su empresa. Ahora se lo pasaba hablando por teléfono celular. ¡Qué fastidio! Esos días vivía prendido al celular. Y ella tenía ganas de escaparse al taller, no quería regresar a Milán, tener que ver a su tía y perdonarla cuando no quería hacerlo. La familia de él que era una peste, su departamento donde se lo pasaba encerrada. Ahora que había encontrado a su padre no quería perderlo, era como si el tiempo se hubiera detenido y pudiera cambiar su infancia, su vida hasta ahora. Ella no quería una vida llena de lujos y guardaespaldas, hoteles costosos, joyas ni esa vida, quería compartir esa vida bohemia y sencilla. Sin prisas, sin horarios, sin tener que cumplir con cenas y otras obligaciones. Pero diablos, era la vida que había escogido porque amaba a Valenti, lo amaba y sabía que nunca amaría a otro hombre en su vida. Y él estaba celoso, por más que lo negara, celoso de que otro hombre ocupara su corazón, aunque ese hombre fuera su padre ausente como él lo llamaba. Era celoso de veras. Y también dominante y sospechaba que lo del embarazo era una excusa, él no quería que ella se quedara en París porque en el taller de su padre había pintores jóvenes y guapos y temía que terminara enamorada de alguno de ellos. Vaya uno a saber las fantasías que se hacía en su cabeza.

Varina tomó el teléfono y llamó a su padre, quería saber cómo estaba.

—Estoy pintando tu retrato, ángel—le respondió él.

—¿Y no has ido al médico?

Se hizo un silencio.

—No... iré la semana próxima—dijo luego.

—Pero tienes que atenderte papá, tienes que hacerlo.

Valenti que hablaba por teléfono la miró alerta.

—Lo haré preciosa, en unos días. No hay prisa. Dudo que cambie algo.

—Pues debes ir, si no lo haces no volveré a hablarte, ¿entiendes? ¿En menos de tres meses nacerá tu nieta acaso quieres perderte eso?

—Claro que no ángel, seguro que se parece a ti. ¿Cómo se llamará?

—Romina.

—Qué bonito nombre. Me gusta.

—Entonces promete que te atenderás y lo harás mañana. Si quieres te acompaño.

—Pero mañana vendrá Mackenzie, no puedo.

—¿Y quién es Mackenzie?

—Es el marchante que trabaja conmigo, me ha ofrecido realizar una exposición en Londres en dos semanas. Y luego viajaremos a Nueva York. Es una buena oportunidad.

—Bueno, sé que esto debe emocionarte, las exposiciones y demás pero antes debes ir al médico porque si vas de viaje y sufres una recaída toda la exposición se irá al diablo.

—Está bien, lo haré Agnes.

—Por favor dime Varina, cuando me dices Agnes me confundes.

—Ese era tu nombre cielo, y hasta eso te quitó tu tía, tu hermoso nombre.

Varina no respondió. Sus sentimientos eran confusos pero tenía razón, su nombre no era Varina y sin embargo Agnes no le agradaba, no sabía por qué, no lo sentía como suyo ni se identificaba con la palabra ángel. Ella no era un ángel, era un diablillo.

Cuando guardaba su teléfono móvil vio que Valenti la miraba muy atento, vaya, había dejado su teléfono.

—¿Lo ves? No quiere atenderse—señaló—no le importa su salud, no le importa nada y hace que te preocupes y angusties por él.

—Bueno, lo he convencido de que sí vaya al médico e iré mañana para acompañarlo.

Él se acercó y la miró.

—Estás celoso, ¿verdad? Sufres unos celos desmedidos. No soportas que alguien más se convierta en el centro de mi vida—lo acusó Varina.

Sus ojos oscuros brillaron de rabia, sí, lo había pescado, era el diablo de Milán, celoso como un oso dispuesto a dar pelea de nuevo.

—Crees que siento celos de tu padre, Varina? No puedes hablar en serio. Sólo quisiera que no estuvieras tan ciega con todo esto pero veo que es imposible.

—Yo no estoy ciega, sólo quiero ayudarlo a que pelee. Si le hablo sé que me escuchará.

—Y de paso convéncele de que deje el cigarro y la bebida. Pero creo que

perderás el tiempo.

Se hizo un silencio en el cual quedaron enfrentados.

—Estás celoso, temes que yo me fije en uno de esos espanta pájaros que merodean el taller—lo acusó.

Valenti sonrió.

—¿Eso piensas?

—No, es lo que tú piensas.

Valenti se acercó despacio y la miró.

—¿Y crees que me agrada ver que un montón de hippies entran y salen de esa pocilga y no dejan de mirarte mientras tu padre está en una especie de limbo?

—¿Y tú crees que yo te cambiaría por uno de ellos?

Él miró sus labios y en un arrebato la atrapó entre sus brazos.

—No lo creo, pero no me agrada verte rodeada de artistas jóvenes en plena explosión hormonal. Que estén cerca y te miren me hace sentir enfermo sí. Porque eres mía Varina, mi mujer y no irás a ningún lado sin mí. No lo permitiré.

Y para afirmar sus palabras le robó un beso apasionado y salvaje. Varina se resistió y ese forcejeo y la rabia que sentía por su prepotencia lograron que en vez de luchar se excitara. Diablos, amaba a ese italiano, estaba loca por él, aunque la hiciera su esclava, sus sentimientos jamás cambiaría. Estaba loca sí, loca de amor por ese hombre y sus besos ardientes y apasionados los llevaron a la cama.

—Eres malo y egoísta Valenti, sólo piensas en ti—lo acusó mientras la desnudaba con prisa.

Él sonrió mientras volvía a besarla y liberaba su miembro inflamado y rosado.

—Sí, es lo que soy, soy realmente un diablo egoísta, pero te amo Varina y tú me perteneces y mataré al primer pintor malnacido que ose acercarse a ti. Tú eres mi mujer y no irás a ningún lado sin mí—le recordó.

No podía esperar a hacerlo, sentía una urgencia desesperada y ella gimió al sentir esa inmensidad abriéndose camino en su vagina húmeda y desesperada. Sólo él podía calmar su rabia y excitación, sólo ese miembro inmenso y adorado podía satisfacerla y hacerla sentir plena...

—Eres un demonio sí pero te amo, por favor, quédate conmigo en París unos días más—le pidió mientras sentía sus embestidas cada vez más rudas.

Así le había hecho un bebé, no sabía cómo le haría para que no la llenara de niños en el futuro porque su pene llegaba hasta el fondo y desde allí disparaba cargado de esperma. Diablos, hacía días que no lo hacían y sentía que eran meses. Y él también estaba desesperado, no llegó ni a desvestirse, ni a bajarse del todo el pantalón para poder perderse en ella y hacerlo... eso era el paraíso, era amor, lo amaba tanto.

—Te amo Valenti, mi amor, eres mi vida... no digas que quiero abandonarte, sabes que nunca haría eso, nunca...—dijo poco antes de que su cuerpo estallara en el clímax.

Él se detuvo y la besó, la besó y volvió a rozarla más despacio para demorar el instante de su placer.

—Te amo preciosa—murmuró él y rodaron por la cama y sus embestidas le provocaron un orgasmo más fuerte que el anterior.

Un maravilloso momento para reencontrarse, para poner fin a esas peleas. Varina odiaba pelear con él aunque la perspectiva de abandonar París la deprimiera

debía aceptarlo. Su hogar estaba en Milán junto al hombre que amaba y a ese bebé que llevaba en su vientre.

La llamada

Regresaron a Milán tres días después, luego de acompañar a su padre al hospital y lograr que se atendiera y postergara su trabajo. El médico dijo había esperanzas si se realizaba el tratamiento de inmediato y Varina lo acompañó y dijo que iría a visitarlo pronto y lo llamaría todos los días.

—Tal vez puedas venir a Milán, Valenti dijo que hay muchas galerías donde podrías exponer tus pinturas. En Florencia y en otras ciudades también.

—Iré a visitarte Agnes, pero no puedo vivir en Italia, hace mucho calor allí y además, no sé hablar nada de italiano—se quejó su padre. Al parecer no podía llamarla Varina, sin Agnes, el nombre que él le había puesto al nacer y su tía le cambió, en ocasiones intentaba llamarla Varina pero tenía la impresión que le costaba mucho el nombre.

Por otra parte entendió que todo era muy difícil para su padre y sintió pena cuando se despidieron al día siguiente, no quería irse de París, quería estar a su lado, no iba a ser sencillo enfrentar las horribles sesiones de quimio terapia. Quería estar allí, iba a ser muy duro para él. Si al menos pudiera convencer a Valenti...

Pero en el instante en que llegaron a Milán su tía fue a su departamento para saber cómo estaba. Rayos, no quería verla ni hablar con ella, estaba furiosa.

Por suerte Valenti la rescató.

—Señora Giuliana por favor, su sobrina está muy cansada por el viaje.

Y con eso logró que su tía se quedara dos horas hablando sin parar, le llevó regalos para la bebida.

Luego fue el turno de los familiares plomo de su marido.

Tadeo apareció así como peludo de regalo, con el cabello revuelto y la camisa abierta, la chaqueta arrugada y la barba de un par de días.

Saludó y de inmediato miró a su primo.

—Necesito hablar contigo.

Valenti lo miró con cara de perro, debía estar harto de él.

Varina se alejó y los dejó conversar mientras se iba a comer algo pues estaba hambrienta. Rezaba para que no llegaran más visitas.

Imaginó que Tadeo quería que Valenti quitara la denuncia pero su marido no lo haría, ya habían conversado sobre el asunto. ¿Por qué insistía, y por qué se negaba a aceptar que lo había hecho porque estaba loco?

Problemas y más problemas. ¡Cómo echaba de menos París!

De pronto sintió las voces airadas de Valenti y Tadeo y se acercó intrigada mientras bebía un jugo helado de naranja.

—Nunca te he pedido nada pero si aceptas firmar esa petición mi hermano irá a un hospital, y no podrá salir hasta que tenga una estabilidad. Es lo que necesita. Él está enfermo. Y estos días en prisión lo han descompensado por completo. Eso destruirá su vida, su vida ya quedó arruinada por todo esto pero será peor. Intentará matarse. Me lo ha dicho y lo hará y si lo hace caerá sobre tu conciencia, Valenti—dijo Tadeo.

Estaba furioso y desesperado. Podía entender su desesperación, era su hermano y además, el pobre Giovanni no era malo, sólo estaba loco y seguramente olvidó tomar la medicación. ¡Qué dramón todo eso!

De pronto notó que Tadeo la había visto espiar y la miró de una forma. La

mirada de ese sujeto siempre le había dado escalofríos, era algo que no podía controlar y se alejó temblando. ¡Rayos!

Por fortuna, Tadeo se fue poco después y Varina notó que Valenti quedó mal, estresado y le habló.

—Lucio, estuve pensando sabes. Si hizo todo esto porque no tomó la medicación... hablo de tu primo.

Su esposo se acercó y la abrazó.

—Quisiera pensar que fue por eso, pero no estoy seguro. No quiero que lo suelten. Por eso no quito la denuncia. Si lo envían a un hospital psiquiátrico lo estabilizarán y luego saldrá y volverá a molestar. Es mejor que esté en prisión.

—Es tu primo, Valenti, me da pena. Siempre fue bueno conmigo, yo trabajé con él y jamás, jamás hizo nada indebido y me cuesta mucho aceptar que fue él.

—Es por su enfermedad, la neurosis que sufre hace que tenga doble personalidad. Pero el juez dijo que lo hizo de forma consciente, él mismo confesó todo.

—Pero no me hizo nada y además... Esto no me cierra del todo. En la fiesta de nuestra boda... No pudo ser Giovanni el que me atacó, era un hombre alto y muy fuerte, Giovanni no... ¿Y si confesó algo que no hizo? ¿Si su cabeza está confundida?

—Lo sé, mi amor. A mí también me da pena, es mi primo pero si retiro la denuncia ahora no te dejará en paz y es justamente lo que quiero evitar. Ahora ve a descansar un poco, te ves exhausta mi amor—dijo Valenti y la envolvió entre sus brazos y la besó con suavidad.

Varina llamaba a diario a su padre y hasta lo veía desde el hospital por una notebook, podía hablar con él y estar presente no físicamente pero era un gran consuelo para ella. Se sentía rara y nostálgica esos días, y pensaba que las vacaciones habían sido cortas.

Su padre estaba luchando y eso era bueno, no había nada más que hacer que seguir apoyándolo y esperar, pues necesitaba tiempo.

Pero al menos estaba allí y también podía enviarle las ecografías de la bebé y hablarle, sabía que eso le hacía bien.

Extrañaba París y se moría por regresar.

No quería criar a su hija en esa ciudad.

Pasaba mucho tiempo sola encerrada en el departamento porque Valenti se iba en la mañana y no regresaba hasta la noche.

No entendía por qué debía ir a todos lados con custodia, quería poder salir, dar paseos y hacer cosas sin tener un guardaespaldas pegado todo el día. Era estresante.

Por más que Valenti la llevara los fines de semana a distintos lugares para distraerla el lunes se sentía enferma. De nuevo la rutina, la espera. La soledad.

Se preguntó si eso cambiaría luego de que naciera su hija o serían dos las encerradas con guardaespaldas siempre temiendo que algo pasara.

Mientras los días pasaban y Varina se desesperaba por viajar a París, Valenti siempre tenía excusas para que no lo hicieran. Siempre había algo pendiente, otro

viaje, trabajo atrasado. Problemas en una de las filiales, o en la empresa. Vivía estresado y trabajaba demasiado. Ser el jefe lo consumía aunque no quisiera admitirlo.

Y mientras su estado avanzaba y Romina se preparaba para nacer su ansiedad aumentaba.

Un día fue a visitar a su tía, sabía que le debía esa visita y que tendrían una conversación fuerte pero pensó que no podía postergarla ni deseaba hacerlo. No podía hablar de ello por teléfono.

Tía Giuliana la esperó con un postre de chocolate, su favorito. Y mientras bebían té y hablaban de temas triviales su tía le preguntó cómo seguía su padre.

—Está luchando, tía. Pero no es sencillo y...

—Es un hombre fuerte, saldrá adelante.

—Quisiera creer que es así pero...no estoy tan segura de eso. Pienso en los años que perdimos y ahora tal vez...

—Varina, escucha, hice lo mejor para ti, él no iba a poder cuidarte. Es un hombre bohemio y despreocupado, jamás pagaba las cuentas en fecha ni tampoco cuidaba de tu madre.

Varina se puso seria.

—Esto no es sencillo tía, por favor, deja de decir que fue lo mejor porque no estoy segura de eso ahora. Pero no puedo cambiar el pasado y no te juzgo por lo que hiciste, aunque me cueste aceptarlo, entiendo por qué lo hiciste. Y necesito tiempo para poder asimilar todo esto. Creo que durante mucho tiempo creí una historia que no era del todo cierta pero no te odio por eso, jamás podría odiarte—Varina se emocionó, no pudo evitarlo y su tía la abrazó y lloró también.

—Lo siento mucho Varina, no quise que esto pasara. Creí que él no te amaba y no sabría cuidar de ti. Pensé que haría lo que hacen muchos hombres: buscarse una mujer, casarse y tener otros hijos. Sin embargo no fue así, él quería mucho a tu madre sí pero era un artista y los artistas no son como las demás personas. Al menos es lo que yo he notado en ocasiones. Ellos viven para su arte y no pueden tener una familia, una vida normal como las demás personas.

Varina secó sus lágrimas y tomó un poco de agua fría que le había llevado su tía.

—Eso es absurdo, tía. ¿Por qué no podrían tener una familia?

—Sí pueden tenerla, pero no son como los demás hombres, son distraídos, egoístas y parecen vivir con la cabeza en otra cosa. Yo nunca me habría fijado en un artista, ni músico, ni pintor. No me agrada su personalidad, tal vez sean prejuicios pero siempre he notado eso.

Varina comprendió que era inútil discutir con tía Giuliana. No quería hacerlo, ya habían reñido en el pasado y luego quedaba muy desbastada. Quería mucho a su tía y más que una tía había sido como su segunda madre.

—¿Y cómo está la pequeña bebé sin nombre? Por favor, debes escoger un nombre y decirte.

—Ya lo hicimos tía, se llamará Romina.

—¡Oh qué bonito nombre! Me encanta.

—A Lucio también. Yo estoy deseando que nazca, aunque eso me asusta un poco, es algo raro de explicar.

—Pero tienes un buen equipo de parteras y ginecólogos en la clínica, los

mejores supongo.

—Sí, pero eso no hace que me sienta más segura.

—Tal vez deberías hacer terapia.

—Ay tía, no puedo ir a terapia porque tenga miedo al parto.

—Bueno, al menos ahora ese pariente de Lucio está preso. Imagino que te sentirás más tranquila.

—No, no lo estoy. Debo ir a todos lados con guardaespaldas siempre. Realmente me agobia. Quisiera poder mudarme, esta ciudad ya no es lo que era o al menos yo no me siento igual.

—¿Acaso piensas mudarte?—tía Giuliana parecía alarmada.

—Lucio quiere que nos mudemos al Lago, cerca de la mansión donde vive el cónclave Valenti. Hemos estado viendo casas pero no sé si quiera vivir cerca de mi suegra.

Tía Giuliana rió.

—Varina, no digas eso. Vas a tener un bebé y necesitarás su ayuda.

—Por esa misma razón, no quiero que meta las narices todo el tiempo, le ha obsequiado el ajuar, la cuna no deja de llamar por teléfono y preguntar.

—Bueno, es su primer nieta, debes entenderla. Está emocionadísima.

—Creo que es demasiado. Se ha pasado de servicial.

—¿Y cuándo se mudarán?

—Bueno, quisiera que fuera antes de que nazca mi bebé, porque luego estaré muy ocupada todo el día y no tendré tiempo de nada más.

Días después su suegra la invitó a pasar unos días en la mansión del lago.

Insistió en que fuera para descansar y estar tranquila.

Fue durante una visita relámpago en que llegó con un montón de obsequios para la niña y la lengua afuera por el calor que hacía a esa altura del año.

—Tienes que ir querida, unos días. Te hará bien. Te ves cansada y te lo pasas aquí tan encerrada—le dijo luego con pena mientras se bebía un refresco que le ofreció.

Varina sólo había regresado una vez a la casa del lago luego de la boda a un almuerzo familiar y no la seducía la idea de quedarse unos días.

—Me encantaría ir, pero no quiero dejar solo a Lucio, él trabaja todo el día—le respondió.

Lo primero era falso, lo último era verdad.

—Ay querida, no puedes hacer siempre lo que quiere tu marido, debes aprender a hacer lo que sea más conveniente para ti y el bebé. Unos días de relax en la mansión, un cambio de aires te haría muy bien. Además no sé por qué mi hijo trabaja tanto. Es el accionista mayoritario, debería tomarse un tiempo para estar con su esposa que está a punto de darle una hermosa niña.

Eso fue un aguijón con toda intención pero Varina se las apañó como pudo para no estallar.

—Bueno es que tengo que preguntarle a su hijo, no puedo irme así—dijo al fin.

Su suegra rió.

—Eres muy joven, querida y no conoces nada a los hombres, si siempre haces lo que mi hijo quiere se aburrirá y se buscará otra. El hombre necesita ser desafiado. Necesita plantearse retos y lo peor es ser una esposa sumisa como esas pobres de

Oriente medio.

—Pues si realmente quisiera desafiar a mi marido, señora Ofelia no lo haría yéndome a la mansión familiar, me iría a París para acompañar a mi padre.

Los ojos de Varina se llenaron de lágrimas y su suegra recapituló.

—Ay querida, disculpa, no quise ofenderte. Lamento mucho lo de tu padre. Además quiero que sepas que mi hijo te adora y eso es lo importante en un matrimonio, el amor. Olvida lo que dije antes, pero si quieres ir, la invitación está en pie. Puedes pedirle a Valenti que te acompañe, lo veo muy estresado y nervioso.

—Gracias, señora Ofelia—murmuró Varina secando sus lágrimas.

Estaba inquieta, quería escapar de ese departamento sí, poder viajar a París y esa idea la perseguía de forma constante. Temía que luego de nacer la niña tendría que esperar mucho más.

Luego se dijo que tal vez debería aceptar esa invitación y convencer a Valenti de que la acompañara. Unos días en la casa del lago disfrutando de un paisaje hermoso, frente a ese bosque.

Luego de la partida de su suegra recibió una llamada de Francia, alguien quería hablar con la señora Varina Valenti.

—¿Qué sucede?

—Es su padre, señora. Pidió verla. Está internado en el CTI y su estado es grave. Quiere verla.

Varina sintió que se volvía loca y dijo que iría en cuanto pudiera mientras tomaba la nota de las señas del hospital.

Ni bien cortó llamó a Valenti.

—¿Qué sucede, preciosa? Te ves nerviosa—dijo él.

—Es mi padre, amor, mi padre está muy grave. Me llamaron del hospital y debo ir. Por favor. Tengo que ir ahora.

Valenti suspiró.

—Aguarda, veré qué puedo hacer. Quédate tranquila. Yo te acompaño preciosa.

Sus palabras la tranquilizaron y mientras preparaba las maletas volvieron a llamarla. Pensó que era el hospital pero se equivocaba.

—Hola preciosa, ¿cómo estás?

No era Valenti ni reconoció la voz.

—¿Quién habla?

—¿No te acuerdas de mí? Soy Giovanni Ricardi.

Oír esa voz fue lo mismo que oír al diablo.

—Giovanni. ¿Dónde estás?—preguntó con un hilo de voz.

—Cerca de ti, preciosa. Siempre he estado cerca de ti. Pero quiero decirte algo... yo no fui el que te atacó ese día en tu fiesta. No fui yo. Pero sé quién lo hizo.

Varina sintió que el corazón le latía acelerado.

—¿Lo sabes? ¿Y por qué no lo dices en la policía, por qué tienes que llamarme?

—Pues porque mi primo cree que soy el culpable de todo y quiere que me pudra en la cárcel pero es injusto. Te repito que yo no lo hice.

—¿Y quién lo hizo, entonces? ¿Por qué no lo dices de una vez?

Giovanni no la escuchó o tal vez fingió que no la oía.

—¿Por qué te lo pasas encerrada? ¿Pasa algo con el bebé?—preguntó luego.

Rayos, ¿cómo sabía que se lo pasaba encerrada?

—No... Giovanni, ¿cómo es que sabes eso? ¿Acaso no estás en prisión?

Giovanni por favor, soy la esposa de tu primo y tú sabes que amo a Valenti. ¿Por qué haces todo esto?

Él pareció demorar en asimilar su respuesta.

—Él dijo que te compartiríamos. Que si lo ayudaba, que si hacía que él desconfiara de ti...prometió que serías mía. Compartida. Porque él también quiere acostarse contigo, ¿sabes? Le gustas mucho. Y cree que si quitamos del medio a Valenti tal vez tendríamos esperanzas. Pero yo no quiero hacerle daño a mi primo, él siempre fue bueno conmigo. Quiero parar esto. Él planea algo muy malo, Varina. Eso quería decirte.

—Diablos, ¿de quién hablas Giovanni? Si quieres ayudarme por favor dime su nombre.

—Es que no puedo hacer eso... Me meterá en un hospital psiquiátrico si digo algo y nunca más podré salir.

—¿Y por qué me dices estas cosas, quieres volverme loca?

—Es que quería prevenirte. Lucio ya no quiere hablarme, quise avisarle pero no me atiende el teléfono. Varina, no salgas ahora. Es una trampa. Si sales él te atraparé. Trama algo muy feo contra Valenti y contra ti. Quiero que sepas que yo no quería que fuera así, no quiero que sea así. Yo te amo, Varina. Él no te ama, sólo quiere vengarse de Valenti porque lo odia.

—Demonios Giovanni, ¿qué planea ese hombre? ¿Quién es?

—No puedo decírtelo, preciosa. Quisiera hacerlo pero no puedo. ¿No es exasperante? ¿Saber muchas cosas y no poder abrir el pico porque tu vida corre peligro?

Sí, él era muy exasperante.

—Además todos me creen loco, ¿verdad?

—Yo sí te creo, Giovanni y siempre supe que todo esto era una locura y que tú no podías ser capaz de hacerle daño a nadie.

—Es porque tú lo sabes en el fondo. Siempre supiste que te amaba, ¿verdad?

—No, no lo sabía pero sí sabía que tú eras una buena persona Giovanni. Ahora por favor dime quién hizo todo esto. Tú no puedes pagar por algo que no has hecho, no es justo.

Giovanni no respondió y cortó el teléfono dejándola histérica.

Quiso llamar a Valenti pero la línea estaba ocupada. ¡No podía ser! ¿Cómo pudo llamar desde la cárcel? ¿O acaso había escapado? Tal vez había escapado y era peligroso. Debía avisarle a alguien de inmediato.

Giovanni debía estar loco sí, pero la había llamado para advertirle y debía hacer algo, si su esposo estaba en peligro...

Qué momento tan horrible, su padre en el CTI, y ese loco que la llamaba para ponerle los pelos de punta para decirle que alguien tramaba algo contra Valenti...

Su teléfono volvió a sonar y dio un respingo, ¿y ahora quién la llamaba?

Qué extraño, era Antonio, uno de sus guardaespaldas.

—Señora Valenti, ¿está en su casa?—quiso saber.

—Sí... ¿por qué lo pregunta?

—Su esposo está intentando llamarla y su teléfono da mal.

—¿Dónde está mi esposo?

—Está yendo para su casa señora y le pide que no se mueva del departamento.

Quédese allí hasta que él vaya.

—Sí, no pensaba salir ahora.

—No lo haga por favor. Estoy entrando en el edificio, no le abra la puerta a nadie hasta que yo llegue. ¿Hay alguien con usted?

—Sí... está la cocinera.

Antonio dijo que no saliera y cortó.

Varina se sintió más segura sabiendo que irían a buscarla. Su maleta estaba lista pero estaba muy nerviosa. Eso no era bueno... sintió que su bebida pateaba con fuerza. Últimamente se movía bastante, especialmente en la noche, cuando se acostaba. Debía intentar serenarse, pronto se reuniría con Valenti.

El médico le había dicho que nada de estrés, que evitara las situaciones complicadas y estresantes, nada de riñas le dijo luego a su esposo y él rió. “Nunca peleamos, doctor”. Tenía razón, su único problema era que ella quería irse a vivir a París con su padre y él decía siempre: más adelante, luego de que nazca nuestro bebé... pero mientras eso pasaba su padre se moría...

Lloró al pensar en eso.

—Señora Varina, Antonio está aquí y dice que la llevará al aeropuerto que su esposo la espera allí.

Varina regresó al presente. Fue por su maleta y se dijo que debía conservar la calma.

—No olvide el bolso con la ropa de su beba, señora Valenti—le gritó Marietta y fue por él y se lo trajo.

Tenía razón, el médico le había dicho que la niña podía nacer antes de tiempo y por eso, si viajaba, era prudente llevar el bolso con los exámenes, el carnet prenatal y la ropita. Ya lo tenía todo listo y solía agregarle siempre un poco de ropa.

Y cuando su cocinera le entregó el bolso con expresión radiante Varina lo tomó y quiso verificar que estuviera todo. Era una antigua manía. Y mientras revisaba que estuviera el carné con los controles prenatales y lo demás sonó su celular.

Número desconocido.

Pensó que sería Giovanni y tembló. ¿Es que ese loco se había propuesto a enloquecerla ese día?

Miró el teléfono y sin saber por qué atendió.

—Hola—dijo con voz angustiada.

—Varina.

—¿Valenti, eres tú?

Su voz era inconfundible.

—Preciosa, tuve un problema, mi celular se bloqueó no sé por qué y tuve que conseguir otro teléfono.

—Estuve llamándote... escucha me llamaron de Paris. Mi padre está muy grave y debo ir. ¿Te avisó tu secretaria?

—Preciosa, es mentira. Todo es mentira. Tu padre está bien. Le dieron de alta y está en su casa.

—¿Qué? ¿Entonces por qué esa llamada?

—Es lo que quiero averiguar. Me pareció extraño y llamé a tu padre. Él está bien. No me gusta esto. Tú no te preocupes por nada y quédate en el departamento.

Varina se alejó despacio y dijo que iría al baño.

Cuando llegó allí se encerró con llave.

—Valenti, Antonio está aquí.

—¿Qué?

—Sí, dijo que tú me acompañarías al aeropuerto... ¿entonces tú no dijiste eso verdad?

—No... Varina, aguarda, llamaré a la policía e iré ahora a buscarte. No te muevas.

Varina se puso nerviosa.

—Tiene un arma, siempre la lleva. Y ahora... no está de tu lado ni del mío. Alguien le dijo que viniera a buscarme. Es una trampa.

—Varina, ten calma, estoy yendo para allí, llamaré a la policía, intenta quedarte en algún lugar y hacer tiempo pero no digas nada.

—Sí, estoy encerrada en el baño.

—Quédate allí, inventa algo, haz tiempo. Unos minutos.

—Sí, lo haré.

—Te amo preciosa, no temas, iré por ti.

Cuando cortó la llamada secó sus lágrimas y abrió los grifos del lavabo. Debía conservar la calma, debía hacerlo. Sólo unos minutos encerrada allí.

De pronto sintió la voz de Antonio.

—Señora Valenti, salga del baño por favor. Prometo que no le haré daño.

Varina se alejó de la puerta sin responderle.

—Señora Valenti, abra la puerta o tendré que abrirla yo. Tranquila, no voy a hacerle daño.

—¡Maldito traidor! No iré contigo a ninguna parte y mejor será que me dejes en paz porque mi marido ya sabe todo y llamó a la policía—estalló Varina, furiosa.

Pensó que con eso sería suficiente para asustarlo pero se equivocó, sólo hizo que actuara con rapidez y de pronto sintió que abría la puerta de una patada y en un santiamén lo tuvo allí: un tipo rudo y cuadrado sobre ella.

—No por favor Antonio, no hagas esto.

—Tranquila señora Varina, no le haré daño. Pero el soborno es muy bueno y vale la pena. Quiero ese porche maldita sea, toda la vida trabajando para niños ricos y ni siquiera te dan las gracias.

Varina se resistió mientras oía un montón de quejas de ese barbudo musculoso, maldito ingrato, Valenti le pagaba bien, muy bien. No podía creer que se hubiera vendido por un maldito auto.

Pero al llegar al comedor vio a dos hombres más y portaban armas. Habría sido imposible escapar. Uno de ellos tomó su maleta y el bolso.

—Bueno, todo listo para el viaje. Camine señora y no intente nada ni grite. Tengo una pistola y la idea es que llegue sana y salva al avión pero si hay un error en eso será su culpa.

Varina obedeció mientras los otros dos hombres la rodeaban.

Antonio la liberó para que saliera del edificio sin llamar la atención, pero estaba llorando no podía evitarlo, quería gritar, pedir ayuda. ¿Y a dónde demonios la

llevaban? ¿Quién estaba detrás de todo eso? Giovanni quiso avisarle, maldita sea, ¿por qué no le dijo su nombre?

Subió al ascensor y secó sus lágrimas. Estaba vacío y nadie oiría sus gritos.

—Cálmese señora, no le haremos daño. Pero no intente escapar porque o de lo contrario deberemos atarla y en su estado no sería prudente—le dijo Antonio al oído.

Esa voz susurrante le provocó náuseas. Así que la vendía por un porche nuevo y encima la amenazaba. Maldito traidor. Valenti había sido siempre generoso con sus guardaespaldas pero Antonio no era de fiar, él no había estado presente cuando la atacaron en la fiesta de su boda porque dijo que fue su suegra que no lo dejó entrar, ahora entendía que todo fue adrede. Estaba vendido, vendido al enemigo.

El ascensor no se detuvo en planta baja como esperaba sino que siguió al primer subsuelo, al garaje donde esperaba un auto negro con chofer. El lugar estaba vacío y con esos tres pegados a sus talones habría sido imposible escapar además tampoco habría podido correr.

Miró hacia el auto estacionado hacia donde la llevaban pero no vio a nadie más que a su chofer. La puerta se abrió y Antonio le dijo:

—Entre, señora Valenti.

Ella vaciló. No, no quería entrar. Su esposo no tardaría en llegar, si hacía tiempo, tal vez...

No, no entraría.

Quiso escapar, empujó a Antonio y quiso correr pero los otros dos la atraparon e inmovilizaron en un santiamén sujetándola de los brazos.

Furioso, su antiguo guardaespaldas dio órdenes de que la ataran.

—Pequeña gata insolente, ¿cree que puede escapar de nosotros? Somos tres.

—No, por favor, no me ates—suplicó ella.

—Si fallamos el jefe nos dará un tiro en vez de nuestra paga, así que será mejor que atemos a la señora ahora—dijo el calvo.

—Bueno, pero sólo las manos no queremos que nuestro jefe se enoje. Hace tiempo que planeé esto y todo debe salir como lo planeamos.

Varina miró a su antiguo guardaespaldas con furia.

—Pensé que tu jefe era mi marido.

Antonio la miró mientras ataba sus muñecas con una cuerda por delante.

—Es que vale más tener dos jefes que uno solo... Y mi otro jefe paga más.

—¿Quién es ese malnacido, quién te paga más?

—Muy pronto lo sabrá señora. Ahora quédese quieta y no intente nada porque lo siguiente será atar sus pies y amordazarla, no creo que le guste eso.

Varina miró por la ventanilla. El auto iba a una velocidad de vértigo por las calles de Milán. Rumbo al aeropuerto. La sacarían del país a menos que Valenti la encontrara.

Su celular. Había quedado en el baño. No tenía manera de comunicarse con nadie ni de que la rastrearán excepto que su marido sabía que era Antonio. Tuvo tiempo de decirle.

En el aeropuerto lo detendrían, la policía estaba buscándola.

Su guardaespaldas hizo una llamada.

—Sí, todo salió como lo planeamos—dijo—pronto tendrá a la señora pero quiero mi paga ahora.

Varina esperó a que terminara la conversación para decirle:

—Eres un tonto Antonio, te atraparán. Mi esposo sabe que fuiste tú, yo le avisé.

Antonio no le creyó.

—Dice eso para asustarme, para que cambie de parecer. Ni que fuera tan estúpido. Es el golpe de mi vida, estoy harto de recibir órdenes. Quiero tener mi propio negocio. Y lo tendré. Nada va a impedírmelo.

No pudo convencerlo, pensó que le mentía o intentaba asustarlo.

Y mientras hablaba casi choca ese chofer del demonio frenaron y de no haber tenido puesto el cinturón habría volado.

—¿Qué haces, estúpido? Ten más cuidado—chilló Antonio nervioso.

El chofer no dijo nada y tomó por otra ruta para ir al aeropuerto.

—Llegaremos en un momento, señora Valenti. Desataré sus manos pero si intenta algo... Tendré un arma lista para usar y le aseguro que no dudaré en disparar. Tengo mi paga asegurada así que su vida me importa un rábano, ir a prisión me importa mucho más se lo aseguro. Así que no intente nada.

Varina vio el aeropuerto y tembló.

—¿Y a dónde me llevan?—murmuró.

—No se preocupe, será un viaje corto y cómodo, iremos en un jet privado, sin tener que pasar por el aeropuerto. Ahora conserve la calma y no haga ninguna locura o lo lamentará, señora Valenti.

Varina vio el aeropuerto y tuvo la esperanza de que alguien la ayudara, pero no contaba con que Antonio se le pegaría como babosa, apuntándole con su arma a través

del saco. Si hacía algo dispararía. Se lo había dicho, ya tenía su paga, su vida no le importaba.

Y nerviosa caminó por el aeropuerto mientras los otros dos iban a la oficina de arribos con los pasaportes. Todo debió ser planeado de antemano, un jet privado no podía hacer viajes tan rápido, había todo unos trámites que realizar antes, lo sabía porque ella también había viajado con Valenti.

Trató de buscar ayuda y miró a los agentes de seguridad. Ellos solían mirar a su alrededor y detectar situaciones extrañas, eran expertos en eso o se suponía que lo eran. Luego de los atentados había montones de cámaras, detectores y personas vigilando, mirando.

—Mejor será que se siente señora, en su estado no es bueno que camine—le dijo Antonio.

Varina obedeció y lloró, no pudo contenerse. Estaba asustada. Iban a llevarla muy lejos y su vida corría peligro. No quería ni imaginar quién podía estar detrás de eso.

Secó sus lágrimas y Antonio le dijo que se calmara.

—¿Ocurre algo?—preguntó un joven de seguridad—¿se siente bien, señora?

Ella lo miró suplicante pero Antonio intervino.

—Mi esposa está nerviosa por el viaje—inventó—la asustan los vuelos, pero estará bien.

¿Su esposa?

El guardia de seguridad miró a ambos y debió pensar lo mismo pero no dijo nada y se alejó porque lo llamaron por radio.

—Deja de llorar ahora, contrólate.

Varina rezó en silencio, rezó para que Valenti la encontrara, para que algo impidiera ese horrible rapto. No sabía qué harían con ella, tal vez planearan hacerla desaparecer. Matarla. Era un estorbo para alguien. La empresa. Su boda... su boda hizo que Valenti tuviera el mando, el control total de las acciones y de la empresa Valenti & Ricardi asociados. Y alguien estaba furioso con esa boda, por eso el ataque, las flores y la maldita carta. Alguien que odiaba a su marido estaba haciendo eso para vengarse, para quitarle el control sobre la empresa...

—Vamos, el jet espera. No tendremos que soportar pasajeros, viajaremos como reyes—dijo Antonio.

Varina sintió que las piernas no le obedecían.

—Yo la ayudo señora, tome mi brazo.

Ella lo miró suplicante.

—Por favor, no hagas esto... yo te pagaré lo que me digas si me dejas ir ahora. Tengo dinero en una cuenta... Valenti me lo dejó luego de nuestra boda. Es para mis gastos pero es demasiado dinero. Te lo daré si me dejas ir. Lo prometo. Por favor.

Su antiguo guardaespaldas vaciló, era ambicioso y tal vez pensaba que podría tener el porche y su dinero.

—¿Y cuánto dinero sería?—preguntó con cautela.

—Más de cien mil euros. Son todos tuyos.

—¿Y cree que podrá retirar todo ese dinero de su cuenta señora Valenti? No, eso es muy complicado. No niego que la oferta es muy tentadora pero...

—Mi alianza de bodas debe valer mucho más—dijo Varina sin darse por

vencida.

Él miró el anillo de diamantes y sonrió.

—No soy estúpido señora Valenti, cuando quiera vender esa joya me atraparán como un conejo e iré preso. No. Cumpliré mi parte, la dejaré en destino y tendré mi recompensa. Es todo lo que quiero. Deje de intentar convencerme, pierde su tiempo.

—Por favor, no hagas esto, Valenti fue bueno contigo, no te despidió cuando debió hacerlo, te dio otra oportunidad.

—Es mi oportunidad de progresar, no quiero ser un perro guardián que cuida mujeres tontas el resto de su vida, ustedes los ricos no entienden, nacieron en cuna de oro, lo tienen todo sin tener que mover un dedo. Mientras que otros como yo tienen que tener tres trabajos para tener un sueldo decente, trabajando sin parar exponiendo su vida y luego si te mueres o te quedas lisiado te conviertes en un desecho. Hasta que tienes un golpe de suerte en la vida, este es mi golpe de suerte. Pero no se angustie señora, sé que siempre fue amable conmigo y por eso quiero asegurarle que no sufrirá ningún daño. Si hace lo que mi nuevo jefe le dice todo irá bien. No le hará nada. Sólo quiere le firme unos papeles. Así que tranquila. No se ponga histérica. Todo irá bien si colabora. Siempre es así, ¿verdad?

¿Firmar unos papeles?

Por supuesto. La empresa. Algo relacionado con esa maldita empresa.

Subió al jet sintiendo que sus piernas le temblaban sintiendo que todo era una pesadilla de la que quería despertar pero no podía. Quería correr, gritar pero sabía que nadie podría ayudarla.

La nave estaba vacía, quién había orquestado todo eso no estaba, era un

maldito fantasma, pero sabía que era el autor de esa horrible carta, del ataque y lo demás. Lo había planeado todo y ahora llevaría a cabo su venganza.

Sacarla del país ya era demasiado.

Si sólo fueran unos papeles que firmar ¿por qué complicarla tanto con un viaje al extranjero?

Pero si pasaron por el aeropuerto debieron entregar su pasaporte o su DNI, y ella no entregó ningún documento. Tal vez eran pasaportes falsificados, sabía que los fabricaba la mafia de ese país, que con uno pocos miles te daban certificados de residencia, ciudadanía, todo...

Valenti no la encontraría a menos que siguiera el rastro de Antonio. Tenía su celular. Y el teléfono móvil GPS... era su única esperanza.

Escuchó que hablaba por celular a la distancia. Al parecer “su nuevo jefe” quería tener todo controlado.

—Está más tranquila sí, me costó bastante tranquilizarla jefe. Pero está bien. Sí... le enviaré una fotografía.

Varina lo miró furiosa.

—Sonríe preciosa—dijo y le sacó una fotografía con su iPhone y luego la envió al maligno cerebro de toda esa operación.

Volvió a llorar angustiada. Estaba asustada y no era sencillo controlar sus nervios, por más que lo intentara.

La trampa

Llegaron a media tarde a destino.

Un auto lujoso aguardaba fuera de la pista y los tres hombres la escoltaron hacia él mientras Antonio hablaba por celular y enviaba audios para avisar que habían llegado.

Varina miró aturdida a su alrededor.

—¿Dónde estamos? ¿Qué es este lugar?—preguntó por enésima vez.

Nadie le respondió. Sólo le ordenaron subir al auto.

—Puedes dormir si quieres, el viaje será largo —le avisó su guardaespaldas.

Ella se durmió poco después, estaba exhausta y hambrienta. Llevaba horas sin comer pero el cansancio fue superior a todo. El estrés y los nervios la dejaron sin energía.

Estaba tan dormida que no se enteró cuando llegaron a destino, pero sí cuando escuchó su voz.

—¡Valenti!—gritó y despertó llorando de la emoción.

Él estaba allí y había ido a recatarla.

Hasta que despertó y vio que se había equivocado.

Porque el hombre que estaba en esa habitación parecía su marido de espaldas, pero no lo era.

—No soy Valenti preciosa, soy Ricardi—dijo.

Tadeo Ricardi, el primo de su marido enfrentado a él por culpa de su hermano. Y sabía que Valenti le tenía mucho aprecio a los dos, eran su voto seguro frente a sus accionistas, su apoyo incondicional. Como un hermano. Así hablaba Valenti de sus

primos Ricardi.

—Tadeo—murmuró aturdida, sin poder creerlo.

Vestía traje sport oscuro, camisa blanca y esas corbatas carísimas que coleccionaba.

Sus ojos oscuros casi negros la miraron con intensidad. No sonreía, a pesar de que en sus labios se dibujó una sonrisa burlona.

—Hola muñeca, ¿sorprendida de verme? ¿Realmente nunca supiste que era yo el que seguía tus pasos y no el imbécil de mi hermano?

No, jamás lo habría imaginado pero...

—No, no lo sabía, de haberlo sospechado le habría dicho a mi marido. Entonces ¿tú planeaste todo esto? No puedo creerlo. ¿Entonces usaste a tu hermano y permitiste que fuera a prisión por tu culpa, que confesara algo que no había hecho?

—Giovanni fue un estúpido y amenazó con arruinarlo todo así que tuve que prometerle que si confesaba luego lo sacaría de prisión y después te tendría a ti. El muy idiota te ama tanto que aceptó. Mi hermano realmente sufrió mucho cuando te casaste con mi primo. Realmente se había hecho no sé qué fantasías contigo, de que tú un día le prestarías atención. Pobre idiota. Yo sabía que tú nunca te fijarías en alguien tan insignificante. Tú querías al jefe... y él sólo quería usarte para sus planes. Tenía que casarse para poder heredar la empresa. Leíste mi carta ¿verdad?

Varina quiso incorporarse pero estaba débil, mareada.

—Esa carta anónima... ¿fuiste tú? ¿Pero por qué? ¿Por qué has hecho todo esto?

Él asintió y sus ojos brillaron con astucia.

—Bueno, alguien tenía que abrirte los ojos, vivías en un mundo de fantasías románticas. Pero no te angusties, pronto sabrás toda la verdad preciosa, ahora descansa. Te ves pálida. Espero que ese niño que llevas allí no nazca antes de tiempo. Eso complicaría mis planes.

—¿Tus planes? ¿Qué planes?

—Mis planes, pronto los conocerás. Ten calma. Si haces lo que espero que hagas entonces tu estadía aquí será corta, si te niegas... deberás quedarte más tiempo. De todas formas no será mucho tiempo. Puedes estar tranquila. Esta será tu habitación. Hay un vestidor, baño y cocina, todo está muy cerca y una mujer que vendrá a ayudarte. No habla italiano, así que no pierdas el tiempo pidiéndole ayuda.

Hablaba con tanta frialdad. Pero no le sorprendía, ese hombre siempre había sido un malvado, desde el principio. Sin embargo debía reconocer que estaba sorprendida. Jamás lo habría imaginado. ¿Acaso era una venganza porque su marido no quiso retirar la denuncia contra su hermano?

No lo sabía y estaba asustada. De haber sido algún otro socio de Valenti o algún conocido... Pero Tadeo.

Lo vio irse poco después y ella saltó de la cama y fue a investigar. ¿Dónde estaba? ¿A qué país la había llevado? ¿Qué quería que hiciera? Si fuera algo de la empresa no la preocuparía pero... Estar en manos de ese hombre la hacía sentir terror, era malo, lo delataba su mirada, siempre le había parecido malo y traicionero y aunque en algún momento pensó en él como en el autor de esa carta luego pensó que era una locura. Nunca dio indicios de que estuviera interesado en ella ni tampoco de que quisiera vengarse...

De pronto recordó la llamada de Giovanni, él quiso advertirle de que tramaban algo en su contra, él sabía, todo el tiempo supo que su hermano la acechaba pero no dijo nada y demasiado tarde lo hizo, pero si Valenti hablaba con él tal vez le dijera la verdad. Giovanni era su esperanza, si realmente la amaba... pero estaba loco y tuvo la sensación de que Tadeo lo había manipulado y utilizado para sus fines. Porque ahora todos pensaban que Giovanni era el culpable del acoso y Tadeo jamás figuró siquiera entre los sospechosos...

Varina exploró la habitación y se acercó a la ventana y lo que vio la dejó aterrada pues allí frente a ella, a escasos metros había un mar azul inmenso y aterrador. Demasiado cerca. Como si la casa estuviera plantada en el medio del océano. No podía ser...

Se alejó espantada y entonces sintió ese murmullo de las olas golpeando contra las rocas, conocía el sonido, de niña siempre veraneaba en España o en Portugal, también en las costas de Francia. Había un pueblito costero llamado Villefranche-sur-Mer, un lugar precioso, lo recordaba bien...

Se acercó intrigada y tomó un banco para poder ver mejor.

Era una playa hermosa, de rocas, pero la casa estaba en lo alto de un acantilado y no en el medio del mar como le había parecido. Qué alivio. Y si estaba en Francia podría buscar a su padre...

Una voz la distrajo de sus reflexiones, una mujer delgada le habló en francés, mientras arrastraba una mesa con ruedas con lo que debía ser la cena.

Se acercó intrigada y hambrienta. Llevaba horas sin comer.

—¿Dónde estoy, señora?—le preguntó en francés.

La mujer fingió no entenderle y se marchó poco después.

Bueno, al parecer no se había equivocado. Estaba en un pueblo costero de Francia pero no eran los costeros del sur oeste, pero sí estaba en el sur, ese mar hermoso y azul se lo decía.

Cuando abrió la bandeja descubrió que había una gran porción de pollo asado condimentado con hierbas su preferido, con patatas y esa salsa deliciosa. Jugo de naranja... comió lo que pudo, no podía llenarse porque luego le dolía la barriga. Pero qué delicioso estaba...

Las luces del atardecer se fueron apagando y tuvo que encender una veladora táctil que tenía a su lado para que hubiera luz.

La criada entró poco después para llevarle el postre. Un gateau de chocolate con crema de vainilla y nuez, su preferido. ¿Cómo diablos sabía lo que le gustaba? ¿Pretendía hacerla sentir como en su casa? Estaba loco, loco de remate al hacer todo eso. ¿Pero alguien lo sabría?

Despertó con los rayos del sol iluminando la habitación y el arrullo de un mar en calma. Había tardado mucho en dormirse el día anterior, el murmullo del mar embravecido la asustaba, tenía la sensación de que la casa estaba en el medio de una ola y eso la aterraba, aunque supiera que no era verdad. Temía que ese mar embravecido creciera de repente y destrozara la casa. Hasta tenía la sensación de que la casa se movía, se mecía de un lado a otro... debió ser un sueño por supuesto pues al despertar todo estaba muy quieto. Excepto por el mar, ese murmullo era constante.

—Buenos días, señora Valenti—la saludó la mucama llevándole el desayuno en esa mesa con ruedas tan cómoda.

—¿Se siente bien? ¿Logró dormir?—preguntó.

Varina la observó con curiosidad. Sabía su nombre y debía saber que estaba secuestrada allí. Parecía francesa, sin embargo hablaba su idioma muy bien, lo que la hizo dudar. Podía intentar interrogarla y pedirle ayuda pero antes debía ganarse su confianza.

Le habló del susto que había pasado por el mar.

—Anoche no podía dormir por el ruido del mar—confesó.

La mujer sonrió y su cara quedó arrugada como una pasa. Sin embargo no era tan vieja, y se veía algo bronceada como les ocurre a las personas que viven en lugares de sol. Pero tal vez también le habían pagado para que no hablara... como a su guardaespaldas que a esa altura debía estar en algún lugar con su porche nuevo. Cerebro de mosquito. ¿Qué tan lejos llegaría cuando su marido descubriera que estaba

implicado en el secuestro?

—No se preocupe—dijo la mujer—es normal, pronto se acostumbrará. Esta casa está en lo alto de un peñasco pero es segura.

Sus palabras la tranquilizaron y la intrigaron. ¿En lo alto de un peñasco, había oído bien?

—Aquí le traigo su desayuno. Debe alimentarse bien. Pronto nacerá su bebé, ¿no es así?

Lo extraño era que la sirvienta quisiera interrogarla a ella. Y mientras aceptaba la bandeja con un opíparo desayuno se preguntó cómo utilizar eso en su beneficio.

—Sí, nacerá en unas semanas, tal vez antes—dijo y esperó ver su reacción.

La mujer se asustó, sus ojos pardos se agrandaron en el acto ante esa nueva información.

—¿De veras?

Pero luego se marchó, no dijo más, como si temiera que ella le hiciera más preguntas.

—Si necesita algo, allí hay un timbre, al lado de la cama señora—dijo.

Varina tuvo ganas de gritar, ¿de qué le servía un maldito timbre? Debía conseguir un teléfono, pedir ayuda. Intentar sobornar a la maldita vieja para que la ayudara.

Miró el plato con huevos, jamón y tostadas sin emoción alguna. No tenía hambre, ni quería probar bocado. Durante meses había vivido entre guardaespaldas, choferes, personas de seguridad y ahora, eso se había vuelto en su contra. No podía

creerlo. Todos debieron venderse, no sólo ese desgraciado chofer.

Suspiró y trató de comer algo, lo hizo por su niña. De pronto entendió que debía ser fuerte y alimentarse bien por su hija, aunque todo pareciera ir costa arriba en esos momentos.

Mordisqueó un trozo de huevo revuelto y luego se tomó todo el jugo de naranja. Necesitaba energía. Nada como un jugo de naranja para salir adelante.

Luego, mientras comía, lloró al pensar en Valenti, no pudo evitarlo. Ese raptó le daba mala espina. Tenía mucho miedo de no volver a verlo nunca más, a su amor, al único hombre que amaría en su vida. Porque si ella moría entonces tal vez Valenti perdiera las acciones por eso estaba allí...

Su esposo supo que había un engaño pero no llegó a tiempo. Se preguntó si sabría quién lo había hecho.

Debía tener fe, tal vez Giovanni lo llamara para avisarle como la había llamado a ella, entonces...

Un sonido de pasos la hizo dar un respingo. Y al levantar la vista notó que estaba Tadeo frente a ella. Se veía extraño con jeans y una remera de cuello y el cabello peinado húmedo a un costado, estirado hacia atrás. Su mirada maligna la miró con fijeza. Esos ojos casi negros que eran como un muro que ocultaba sus emociones casi por completo.

—Hola muñeca, has madrugado—dijo luego con una leve sonrisa.

—¿Te sientes bien? Vaya, has estado llorando.

Ella secó sus lágrimas y lo miró.

—¿Y cómo esperas que me sienta, Tadeo? ¿Crees que estoy encantada con

estas “vacaciones”?—respondió Varina con gesto hostil.

—¿Lloras por tu amor o por ese padre pintor? Bueno, ambos están bien, por ahora... a tu padre le dieron de alta y se recupera de su operación y Valenti, te busca con desesperación pero no tiene idea de dónde estás. Ni se imagina que he sido soy yo, por supuesto. Nunca sospechó de mí.

—Valenti me encontrará y tú irás a la cárcel, Tadeo. Él no es tonto y a esta altura debe suponer que eres tú y espero que sea así.

—No, no es tan listo. Tranquila, no iré a prisión, he planeado todo esto con cuidado.

—Pero usaste a tu hermano y luego fingías que te preocupabas por él.

—Sí, es verdad. Le hice una promesa... lo usé para espiarte pero él te espiaba de todas formas. Sólo lo convencí de contarme lo que veía. Cuando salían a cenar, cuando se iban de viaje...

Varina se puso nerviosa. ¿Acaso la habían espiado en sus momentos más íntimos? De pronto se sintió enferma de rabia.

—¿Y por qué lo hacías? ¿Tanto odias a tu pobre primo que hiciste todo esto o es por la compañía? ¿Quieres la compañía para ti y por eso tal vez hagas un trato con Valenti?

Él demoró en hablar, sus ojos la miraron con cierto interés.

—Tienes mucha prisa por saber lo que tramo, ¿verdad?

—¿Y tú no la tendrías si un lunático decidiera raptarte?

—Bueno, lo que debes saber ahora es que no te haré daño ¿sí? Sólo necesito que firmes unos papeles pero hablaremos luego de que te calmes. Ahora no es un buen

momento. Vine a ver cómo estabas. Tienes un embarazo algo avanzado ¿no es así? ¿Tu hijo nacerá en unas semanas?—quiso saber.

Vaya, la criada le había ido con chismes, tal vez pudiera usar eso en su contra.

Varina asintió.

—¿Cuándo nacerá tu bebé?—quiso saber.

—En un mes y medio, tal vez antes.

—¿Y ya sabes qué es?

—Es una niña.

—¿Una niña? Qué bien. Hay demasiados varones en esa familia, una niña será la diferencia. Seguramente se parezca a ti.

Varina se angustió al pensar en su hija y lloró.

—No, no llores. Nada le pasará a tu bebita. Sólo quería saber el tiempo que falta para que nazca. Hay una cuna en la otra habitación por si nace antes y también un hospital cerca de aquí con buenos médicos y un CTI. Estarás bien. Deja de mirarme así, no sé lo que te contó Valenti pero no soy un demonio, ¿sabes? Y no voy a hacerte daño ni a ti ni a tu bebé. Puedes estar tranquila.

—¿De veras? ¿Y por qué será que me cuesta tanto creerte?

—Mírame, no miento. No soy un desalmado. Sólo quiero lo que es mío, lo que es mío por derecho. Nada más. Pero bueno, no te culpo, tú no me conoces, no sabes nada de mí, por lo tanto no puedes saber si soy bueno o malo. En realidad seré como seas tú conmigo. Sólo eso.

—¿Y por qué no me lo dices de una vez? Estoy nerviosa, a punto de dar a luz y todo esto me estresa de una manera terrible. Si quieres que te firme algo, si necesitas

ayuda dímelo y luego déjame regresar con mi esposo. Yo no te conozco, es verdad, ni tú me conoces de nada, pero antes que quedarme en esta casa en un país extraño firmaré lo que quieras.

Él sonrió cuando Varina dijo eso. Luego se puso serio.

—¿Estás segura de eso, preciosa? ¿Firmarías cualquier cosa que te pidiera? Pues no creo que firmaras lo que te pidiera, por más desesperada que estés. Firmar algo es una responsabilidad muy grande y esa firma traería consecuencias.

Ella pensó un momento en ese asunto.

—Escucha Tadeo, sé bien de las intrigas que hay en esa compañía, yo trabajé para ustedes. Nunca me acerqué a Valenti por su dinero, no me interesa, y daría todo el dinero que tengo para que me dejaras regresar con él. Y sé que a él no le importaría perder esas acciones o lo que sea que planeas con tal de que regrese a su lado sana y salva.

Su mirada se tornó fría y calculadora.

—Valenti no te ama tanto preciosa, no como tú le amas, de forma desinteresada y apasionada... A él sí lo afectaría perder el mando de la empresa que fundó mi abuelo hace más de sesenta años y que lentamente nos fueron arrebatando por matrimonios ventajoso, dinero y algunas trampas. Fueron astutos y ahora casi lo tienen todo. Porque tú sabes que se casó contigo para poder asumir la presidencia y las acciones que necesitaba para tener el control total.

—Eso es mentira.

—¿Lo es? Bueno, si tú quieres creer eso...

—¿Y si tanto lo odias por qué siempre lo has apoyado en la empresa, por qué

fingías ser como un hermano para él?

—Porque él nunca se llevó con su hermano menor, Tulio es un imbécil y tuvimos nuestros buenos momentos en el pasado, es verdad. Cuando visitábamos un club nocturno y nos divertíamos compartiendo chicas... él siempre se quedaba con la mejor y sin embargo muchas veces compartía el botín con nosotros. Eran buenos tiempos. Hasta que se obsesionó con tener el control total de la compañía y convenció a mi hermano de vender unas acciones que nunca debió vender. Se aprovechó del imbécil de mi hermano, lo hizo. Y tal vez hasta le prometió que te compartiría.

—¿Qué dices? Eso es una infamia, Valenti nunca haría eso.

—Valenti vendería su alma por tener el control de la compañía, preciosa, no te engañes. Fue muy astuto y actuó moviendo las piezas con cuidado, como en un juego de ajedrez: la estrategia de ganar lo es todo. Un mal movimiento y el juego se vuelve en tu contra. Y tú muñeca rubia hermosa, fuiste la reina del tablero y conquistaste su jugada maestra. Necesitaba una joven decente para casarse, no podía hacerlo con las ramera con las que salía. Y conquistarte se convirtió en su obsesión. Y sé que usó a Giovanni para saber de ti, para conocer mejor tus gustos y también lo que hacías cuando no trabajabas con él. Irónicamente tú marido fue el culpable de que mi hermano se obsesionara contigo, no yo. Al contrario, yo cuidaba de mi hermano y lo sacaba para que conociera chicas y vigilaba que tomara su medicación. Mi hermano está enfermo, sufre delirios desde que es adolescente y al morir mis padres su enfermedad empeoró y yo debí cuidarlo. Mientras Valenti se daba la gran vida y lo tenía todo, yo tuve que vivir ese infierno de cuidar a mi hermano día tras día. Como si fuera su padre, como un perro guardián y cuando tuvo dos intentos de suicidio me volví loco, lo interné y logré

estabilizarlo. Él mejoró, durante mucho tiempo estuvo bien, trabajaba, salía con chicas y podía tener una vida normal. Pero Valenti lo arruinó haciendo que se enamorara de ti, lo convirtió en su espía para acercarse a ti sin imaginar que mi hermano se estaba enamorando claro, porque le servía a sus planes para conquistarte. Luego lo quiso alejar, le molestaba porque él nunca pensó en compartirtte como le dijo a mi hermano, yo sabía que Valenti mentía. Además tú eres una mujer distinta, no eres como las demás y dudaba que lograra convencerte de eso.

—¿Y cuál es tu papel en esta historia Tadeo? ¿Por qué me besaste en mi fiesta de bodas? No mientas, sé que fuiste tú. Estabas allí, siempre te veía y creía que era casualidad. Tú también me espiabas, no lo niegues.

Él se quedó mirándola con una sonrisa hasta que dijo:

—Estabas tan hermosa el día de tu boda, quise besarte y por un momento tuve la fantasía de que esa era mi boda y me moría por hacerte mía. Fue una tontería, una estupidez lo que hice, pero no pude resistirme, muñeca.

—Deja de llamarme así, no soy tu muñeca—le respondió Varina furiosa.

—¿Te molesta? Pero si eres una muñeca rubia hermosa, hasta con una panza redonda lo eres. Tanto que te desnudaría ahora y te llenaría de besos.

—No te atrevas a tocarme, te mataré si lo haces—chilló ella y se alejó nerviosa y asustada.

—Tranquila muñeca, sé que es muy pronto para pensar en esas cosas pero tú me gustas, me gustas mucho y eso hace que me maree un poco. No te traje aquí para hacerte el amor, aunque me encantaría hacerlo. Te rapté porque necesito tu firma en unos documentos pero dudo que quieras firmar ahora cuando leas de qué se trata. Por

eso es mejor esperar... y en cuanto a lo demás... bueno, me he enterado que hablas francés pero eso no te ayudará a pedir ayuda. Marion trabaja para mí desde hace muchos años y es de mi total confianza y no te ayudará a escapar.

Varina lo vio irse sintiendo una mezcla de alivio y rabia. Su insinuación de besarla y hacerle el amor la había hecho sentir enferma, de pensar que ese hombre pudiera tocarla la horrorizaba pero la forma en que la miraba lo delataba. No era sólo su prisionera, era la mujer con la que deseaba acostarse y sola en esa casa estaba indefensa. Tal vez esperaba que ella cediera a sus deseos si la dejaba encerrada un tiempo, pues se equivocaba. Ni muerta dejaría que ese hombre la tocara. Jamás.

Luego pensó en los documentos, era la segunda vez que los mencionaba. ¿Qué documentos eran esos y por qué debía convencerla de que los firmara?

Infierno

Estaba nerviosa. Todos los días eran iguales, se despertaba inquieta luego de tener pesadillas con Tadeo, y al despertar sentía la angustia de estar un nuevo día más encerrada. Quería escapar, quería hacerlo pero no tenía ninguna posibilidad pues la puerta estaba cerrada con llave. Con doble llave. Y pedir ayuda parecía imposible. Marion se alejaba cada vez que intentaba sobornarla. Era una vieja estúpida y miedosa y no movería un dedo para ayudarla.

Trataba de distraerse mirando televisión, leyendo revistas o mirando por la ventana el mar. Al comienzo la había asustado, luego descubrió que tenía una vista magnífica de la bahía pero cuando los días se hicieron grises y fríos la deprimía. No estaban en verano ya sino a comienzos de otoño y el mar se había vuelto turbulento y gris. Había crecidas y temblaba al ver el mar ganando terreno en las arenas y adentrarse en la costa. Tadeo aseguraba que estaban a salvo, que la casa estaba en un alto y el mar jamás la invadiría. Pero ella no quería ni pensar en el invierno, cuando las mareas crecían y habían tormentas, no quería estar entonces encerrada en esa casa.

No estaría tanto tiempo.

No sabía cuánto tiempo más la retendría allí. Su bebé podía nacer de un momento a otro, todo ese estrés del rapto hacía que la niña pateara con frecuencia, mucho más que antes. Temía que naciera antes y que Valenti no la viera.

Ella no creía ni una palabra de lo que le dijera Tadeo por supuesto, sabía que le decía esas cosas para envenenarla. Era un desgraciado y la retendría allí hasta que firmara unos documentos.

¿Y si era tan sencillo por qué no se los daba y ya? ¿Por qué necesitaba tiempo

para convencerla? ¿De qué quería convencerla?

Su presencia la turbaba y frustraba porque no podía saber lo que tramaba, no le hacía caso y muchas veces la dejaba hablando sola o no le contestaba. Pero era la única persona con la que hablaba porque la mucama entraba y salía.

Y mientras esperaba a que Tadeo le dijera por qué diablos la mantenía cautiva, sus nervios flaqueaban y luchaba contra eso, contra la fobia y el estrés de estar encerrada. Leía diarios, miraba películas pero al final del día lloraba. Siempre lloraba y entonces sentía las patadas de su niña como si quisiera decirle: “aquí estoy, no te desanimas, estoy contigo”.

Pero no sabía cuánto más podría resistir ese encierro. No quería adaptarse a esa vida. Quería despertar y sentir que ya no estaba en ese cuarto junto al mar, que él estaba a su lado y la abrazaba y le decía que su pesadilla había terminado, que todo estaría bien.

Pero cada día se le hacía más difícil mantener la calma y no sucumbir a la desesperación.

Un día despertó temprano por el sonido de la ventana, era como si alguien golpeará con fuerza y por un instante pensó que alguien quería entrar.

Entonces notó la lluvia en la ventana y ese cielo plomizo que la hizo dudar, era de mañana pero parecía de noche por la escasa luz.

Marion le había advertido que habría un vendaval el día anterior pero ella no le prestó atención, ahora se acercó a la ventana para ver a lo lejos el mar embravecido, la espuma blanca de las olas y tembló. Las tormentas siempre le habían asustado y corrió hasta la puerta para pedir ayuda. No se quedaría en esa casa.

—Tadeo, abre la puerta por favor—gritó.

Nadie respondió. La casa parecía vacía y solitaria, ni siquiera había pasos, sólo los truenos y el rugido del mar. Sintió que se enloquecía de terror y siguió golpeando hasta que se quedó sin fuerzas. Pensó que la habían abandonado en esa casa, por supuesto, cuando vio la tormenta el muy cobarde se hizo humo y la dejó sola.

Se dejó caer en el piso y lloró pensando que moriría en esa casa sola en medio de la tormenta. Esa construcción no resistiría la tempestad...

De pronto escuchó que alguien intentaba abrir la puerta pero estaba demasiado asustada para moverse.

Era Tadeo y estaba empapado. Entonces tenía razón, él no vivía allí, la dejaba sola todo el día en esa ratonera.

—Varina, ¿qué te pasó? ¿Por qué gritabas? ¿Hay alguien aquí en la habitación? —preguntó inquieto.

Tadeo sacó su pistola y revisó la habitación, el vestidor y el baño. Parecía un personaje del hampa. Tenía un arma, maldita sea.

—No hay nadie, por favor, baja esa arma—chilló histérica.

Él se detuvo y la miró.

—¿Y por qué estás llorando? ¿Qué te pasa?

Varina tuvo ganas de darle una bofetada.

—¿Y tú me dejas sola en esa casucha en medio del mar con una tormenta infernal y luego te sorprende verme así y preguntas que me pasa? Eres un demonio mal parido Tadeo, un maldito desconsiderado, además de chiflado—gritó furiosa.

Tadeo guardó el arma y se le acercó.

—Lo siento, es que fui al pueblo temprano y no pensé que fuera a llover así. Tranquilízate, todo está bien. Es sólo una tormenta. No es el fin del mundo, muñeca.

Varina lloró y no le respondió, se sintió muy angustiada. Él se acercó despacio y quiso abrazarla pero ella se apartó.

—No mientas, tú no vives aquí, vives en otra parte y me dejas sola, aislada. Puedo morir en cualquier momento, estoy a punto de dar a luz y tú... tal vez quieras dejarme morir aquí con mi bebé porque eres un demonio y esa historia de los papeles que quieres que te firme sea una mentira. El verdadero plan es deshacerte de mí para que Valenti pierda sus acciones.

—Varina tranquilízate, deja de gritarme y escucha. Tú siempre hablas y gritas pero no escuchas a nadie. Lo que dices no es cierto. ¿Crees que te retendría aquí para matarte? Si hubiera querido quitarte del medio lo habría hecho mucho antes. Por favor deja de gritar y escucha, escucha lo que te digo.

—¿De veras? Si quisieras hablarme te escucharía, pero tú no quieres hablar. Sólo quieres torturarme con tus silencios, con tus verdades a medias.

—No es verdad, muñeca. Te traje aquí porque tenía un propósito. Y no estás sola como crees, yo vivo aquí. Duermo en una habitación a unos pocos metros, ¿crees que sería tan idiota de dejarte sola? Pero debo salir a veces, dirijo la empresa con mi celular y un ordenador en estos momentos. Tengo muchas cosas que hacer en el día y en ocasiones debo ir al pueblo y me ausento por unas horas. Hay dos guardaespaldas apostados en la puerta, son los mismos que te trajeron. Esta casa tiene otros empleados pero aquí sí, en esta habitación vives tú y no permito que nadie se acerque, excepto Marion para atenderte.

—¿Y dónde están tus cosas? ¿Dónde están las otras habitaciones? ¿Qué quieres de mí, por qué haces esto? ¿Es que nunca vas a decírmelo? ¿Me dejarás en esa horrible cueva para siempre?

—¿Quieres ver el resto de la casa, te gustaría ver mi cuarto para que veas que no miento?

—Ahora no, no puedo moverme—se quejó ella y volvió a llorar—Por favor, deja que me vaya... firmaré lo que quieras, te daré lo que me pidas si me dejas volver con Valenti. Por favor.

Tadeo se quedó mirándola sin decir palabra, no sabía qué pensaba en esos momentos, siempre era tan frío.

Pero de pronto se acercó y la abrazó despacio.

—Ten calma, es sólo una tormenta. Todo estará bien. Ven, siéntate aquí, no quiero que te desmayes. Tranquila ¿sí?

Varina dejó que la abrazara y lloró al sentir ese contacto, estaba muy asustada y angustiada.

—No quiero quedarme aquí, por favor. No me dejes encerrada en esta casa. Voy a morir, siento que voy a morir aquí.

—No digas eso, Varina, mírame. Eso no pasará. Estoy cuidando de ti, todos los días... siempre. Estás a salvo aquí.

—¿A salvo? Ese mar podría devorarse la casa entera si quisiera. Lo hará algún día y no quiero estar aquí cuando eso pase. Quiero salir de aquí, por favor. Ya no soporto estar encerrada aquí.

Tadeo le dijo que pronto se irían, le dio su palabra y luego, cuando estuvo más

tranquila la llevó a recorrer la casa.

Era inmensa y confortable, con muebles antiguos.

Su habitación estaba muy cerca de la suya y no le había mentado, dormía en esa casa. No estaba sola como había temido.

Pero cuando atravesaban el comedor y vio el mar a través del gran ventanal se angustió de nuevo y apartó la mirada.

—Ven aquí, tranquilízate. Siéntate por favor. Voy a prepararte el desayuno.

Odiaba quedarse en esa casa con esa tormenta y se lo dijo.

Él le hizo unos huevos revueltos y puso café a calentar.

—Abandonar la casa ahora sería más peligroso, hay rayos muñeca. Además no es una sudestada ni bien del mar. Es una tormenta del norte—le aclaró él.

—¿Y eso qué? El viento puede hacer crecer el mar, estamos a pocos metros de ese océano y creo que hoy no podré dormir, no podré hacerlo.

—Ya ha pasado otras veces, ha habido crecidas y no pasó nada. Aquí está la casa.

—¿Esta casa es tuya?

Él la miró.

—Sí, la compré hace unos años para tener un lugar donde descansar cuando el calor se hace insoportable en Milán—le respondió.

Varina se distrajo con su conversación y luego él puso una película para que viera. Sin darse cuenta se acostó en su cama y se envolvió con una manta. Tenía frío, la casa se había puesto fría de repente.

Tadeo fue a cambiarse porque estaba empapado.

Varina lo vio alejarse con expresión alerta.

Regresó poco después y la miró con una sonrisa.

Ella había encendido la televisión para ver una película y distraerse, no quería estar sola ese día, tenía mucho miedo.

—¿Estás más tranquila?—preguntó él a la distancia.

—No, no estoy tranquila, ¿cómo podía estarlo? No quiero quedarme sola en mi habitación. Odio estar sola.

Él consideró eso un momento.

—Me quedaré aquí contigo—dijo luego.

—Creo que no podré dormir en toda la noche.

—Tranquila, lo peor ya pasó, ahora es sólo lluvia y viento.

—Detesto el viento, me da miedo de que vuele todo por los aires como en esas tormentas infernales.

—Eso no pasará muñeca, tranquila ¿sí? Puedo sentarme a tu lado si quieres.

Varina no se opuso. Hasta el diablo habría sido buena compañía ese día espantoso, se sentía mal, angustiada y pensaba que despertaría muerta en el medio del océano.

Pero al tenerle cerca no pudo evitar preguntarle hasta cuándo la tendría encerrada allí.

Él la miró con fijeza, sus ojos casi negros tenían un brillo especial. Siempre había pensado que ese italiano era la encarnación del mal, desde que lo vio por primera vez en el cine aquel día. Ahora sabía que no se había equivocado. Sólo un hombre muy malo hacía eso con la mujer de su primo que además estaba encinta.

—¿Quieres regresar con tu amor? Piensas en él todo el tiempo—dijo Tadeo. Parecía una acusación.

Le respondía con evasivas, con preguntas.

—Por supuesto que pienso en mi marido, lo extraño y sufro todo esto. Pero responde tú a mi pregunta—dijo Varina.

Él miró sus labios y Varina tembló pensando que iba a besarla.

—Depende de ti muñeca rubia. Si me das lo que te pido, prometo que te dejaré regresar antes de lo que piensas.

Era la primera vez que le hacía una insinuación tan descarada y se estremeció.

—No dormiré contigo, Tadeo Ricardi. Antes muerta que dejar que me toques —le respondió con calor, pero por dentro temblaba. Temía que la tomara por la fuerza, moriría si eso pasaba.

Él sonrió con esa sonrisa rara y pérfida.

—Vaya, al fin te das cuenta de lo que quiero de ti, muñeca. Hace tiempo que me muero por hacerte mía, debiste verlo, en la oficina, cuando caminabas con esas mini faldas y tacones, yo veía tus piernas y me moría por tirarte al sofá y comerte a besos—le respondió.

—Eres un maldito. Y no me quedaré aquí contigo. No lo haré.

—¿Quieres irte ahora? No lo hagas. La habitación está cerrada. Tranquila. No voy a violarte. Y te daré tiempo para que lo pienses. No te pediré nada en la cama, sólo que te quedes quieta y me dejes comerte a besos y luego cogerte las veces que quiera. Sólo eso. Pero no temas, te gustará, soy muy bueno en la cama, todas lo dicen. Y tú hace tiempo que me provocas con esa mirada, con esas hermosas piernas. Estás

en mi cabeza desde hace meses y la idea de hacerlo contigo me vuelve loco. Sólo una noche, una noche entera... ¿qué es una noche para ti muñeca? Luego regresarás con tu amor y podrás ser la esposa perfecta, le darás un hijo... él nunca sabrá lo que pasó en esta casa.

—Esto es increíble ¿hiciste todo esto para acostarte conmigo? No puede ser... tú hablaste de esos papeles, de la empresa, me enviaste una carta y luego...

—¿La empresa? ¿Qué me importa la maldita empresa? Ya perdí la oportunidad de tener el mando hace años, ahora tengo otros proyectos. No, no fue por la empresa ni para vengarme de mi primo, fue por ti, preciosa. Llevo tiempo planeando esto, antes de tu boda, ¿lo recuerdas? Iba a raptarte y a traerte aquí, tenía todo listo para la aventura pero esos guardaespaldas estúpidos me vieron cerca de tu apartamento y desde entonces he tenido que sobornarlos para que guarden silencio y contratarlos para que trabajen para mí. Ellos siempre supieron que era yo, pero aceptaron la buena paga que les daba.

Varina dudó de sus palabras.

—¿Tú hiciste eso? ¿Todo el tiempo, eras tú?

—Claro que era yo. El tonto de mi prima nunca lo imaginó siquiera, yo lo ayudé en la investigación, cuando ocurrió lo de la fiesta de bodas...

—¿Y crees que puedes engañar a todo el mundo todo el tiempo? Valenti debe estar tras de ti y no podrás escapar. Él debe saber que eres tú.

—No, no lo sabe. Hablé con él hace una hora. Piensa que fue mi hermano. Verás Giovanni huyó de prisión y está prófugo, fuera del país y lo buscan porque creen que él lo hizo. Yo también lo estoy ayudando. Como ves, no tiene ni idea.

Varina se sintió desesperada. No podía estar todo peor. Debía buscar la manera de avisarle a su marido ahora, debía hacerlo.

—¿Y qué diablos eran esos papeles?

Tadeo se puso serio.

—Te mentí muñeca, lo hice para tranquilizarte, estabas con una crisis nerviosa y tuve miedo por ti, por ese bebé que tienes en la barriga. No soy un desalmado y nunca te haría daño, sólo quiero dormir contigo. No te pediré más que eso, luego te dejaré ir, lo prometo.

—¿Y acaso esperas que te diga que sí? Vaya, tú estás más loco de lo que imaginaba. Pues para que sepas, no soy una ramera, jamás engañaría a mi marido y mucho menos con un hombre que ha raptado y torturado con este encierro. Y si crees que podrás salirte con la tuya te equivocas. Te encontrarán y tendrás que pagar por esto. Si realmente querías tener algo conmigo me habrías hablado, cortejado para saber si me interesaba cumplir tu fantasía. Te habrías ahorrado todo esto. No soy una cualquiera, si tanto sabías de mí, deberías saber eso también.

—Bueno, esperaba que me rechazaras, no espero que me aceptes de buenas a primeras, pero tengo mucha paciencia. ¿No te has dado cuenta? Idear todo esto requiere paciencia y constancia. Pero si lo piensas con calma, tiene sentido, mucho sentido.

—No me engañas Tadeo, me deseas porque soy la esposa de tu primo y tú debes odiar a Valenti, lo odias y lo envidias pero no puedes esperar que traicione a mi marido. Yo nunca haría eso, así que me retienes aquí sólo para hacerle daño a él.

—¿Y tú crees que tu esposo te es fiel? Lo fue un tiempo, ya no. Todos saben

que se acuesta con su nueva secretaria, cuando está muy estresado la sienta en la mesa y se la coge un ratito. Para liberar tensión. Siempre lo ha hecho. Créeme preciosa, que en esa oficina abunda el sexo apurado y furtivo en las horas libres, tú lo sabes, trabajaste ahí. Sabes bien lo que hace tu cuñado y los demás. Eligen secretarias jóvenes y bonitas, las conquistan y luego, son un pasatiempo mientras soportan un matrimonio rutinario.

—Valenti jamás haría eso, lo dices para convencerme de que lo haga contigo, buscas la forma porque debes estar muy desesperado. Pero por más que mi marido me engañara, para mí el sexo es un acto de amor y jamás lo haría contigo. No me gustas, ni me atraes y en realidad eres un ser odioso y odiaría que me tocaras. Antes prefiero morir que soportar eso. Por más que me encierres aquí diez años, no harás que cambie de idea.

—Está bien, sé que es difícil para ti, necesitas tiempo para aceptar el trato. Pero si aceptas te dejaré regresar sana y salva a los brazos de tu adorado jefe. Piensa en eso. Sé que te mueres por volver con él, que lloras todas las noches porque lo extrañas. Un pequeño sacrificio... ¿qué es para ti una noche si luego puedes volver con tu adorado marido, a sus brazos, a sus besos? Luego nacerá tu pequeña y todo esto quedará en el olvido. Pero si te niegas... bueno, llevo meses esperando esto, casi un año en realidad, no me importa esperar un poco más, dejar que la niña nazca aquí. Ya tiene su habitación con una cuna y hay un hospital cerca que es muy bueno. No tengo prisa, esperaré tanto... puedo esperar un par de semanas, tal vez meses y mientras te quedarás aquí encerrada en la casa frente al mar en compañía de tu fiel enamorado: Tadeo Ricardi.

Varina se sintió enferma de pensar en eso, que su hijita naciera en esa horrible casa, y que al final desesperada tuviera que acostarse con ese malnacido para que la dejar en paz. ¿Una sola noche? Ni muerta. Jamás soportaría que la tocara. Era un hombre malo y odioso. ¿Fiel enamorado? Estaba más loco que una cabra, más que su hermano psicótico. Varina se preguntó si no sería hereditario y no sería Tadeo quien debía estar encerrado en un psiquiátrico.

Rayos, era un loco astuto, había engañado a todo el mundo. Y no podía creer que lo hubiera hecho todo por esa razón, de haberle dicho que quería vengarse de su primo, que ella debía ayudarlo a quitarle las acciones, todo habría sido más lógico. Pero pedirle una noche de sexo era una locura, que todo lo hubiera hecho para tener sexo con ella... no, no podía creerlo.

Pero allí estaba acostado en la cama de dos plazas, mirándola en silencio mientras fingía ver una película. Para él no era más que una hembra con la que deseaba hacerlo. Maldito desgraciado. No podría pegar un ojo en toda la noche sabiendo que estaba allí mirándola. Sintió terror de quedarse dormida y al despertar tuviera su cosa entre las piernas, rozándola, era lo que él quería, hundir su cosa en ella y sacarse las ganas.

Trató de pensar en otra cosa y miró la película, hasta quedarse dormida.

Su pesadilla había terminado. Valenti la había liberado. Sintió su abrazo y sus besos y lloró de la emoción.

Estaban en su departamento, en la cama pero él no hablaba, sólo la miraba. Ella comenzó a desnudarse porque se moría por hacer el amor y él se abalanzó sobre ella y comenzó a lamer sus pechos, a besarlos y apretarlos haciéndola gemir. Había extrañado tanto el sexo, lo necesitaba, era una necesidad imperiosa...y sus besos se deslizaron por su panza abrazó su vientre y su boca hambrienta atrapó sus labios íntimos y comenzó a succionar despacio, deleitándose con su sabor diciendo que nunca había probado algo tan dulce en su vida.

Varina sintió que volaba y le rogó que lo hiciera, lo había extrañado tanto y él sonreía y liberaba su miembro para hundirla en su vagina apretada, lo hacía despacio para que se acoplara.

Y cuando lo hizo comenzó a moverse sintiendo que alcanzaba un orgasmo múltiple y gritaba su nombre y lo abrazaba y apretaba contra su cuerpo.

—Te amo Valenti, te amo mi amor.... —dijo y entonces despertó y se asustó al ver que no era su marido quien estaba con ella sino Tadeo.

Lo había besado y abrazado y notó que estaba excitado y sonreía, divertido por la confusión de su sueño.

No, no la había tocado, estaba vestido y ella también. Por suerte.

—Buenos días preciosa, ¿quieres que te haga el amor? —Le dijo mirando sus labios—Qué bien besas.

Ella se apartó aterrorizada y lloró. Porque ese sueño no era real, no estaba en brazos de Valenti y porque confundida había besado a ese loco y lo había excitado tanto que estaba allí, esperando tener alguna recompensa.

—Déjame, por favor—le dijo asustada al sentir que la tomaba entre sus brazos.

—Preciosa, tú me besaste y te mueres porque te haga el amor. Estás temblando y estás húmeda... Vaya, eres tan dulce y apasionada, deja que te haga mía por favor, estás lista y lo deseas... es una necesidad y un alivio para la angustia. El sexo es como comer muñeca, lo necesitas. Tu cuerpo te lo pide y tú eres una mujer hermosa y apasionada, lo sé, tan dulce... déjame hacerlo ven, cierra los ojos e imagina que soy Valenti. Algo nos parecemos. A fin de cuenta somos primos—dijo él y sin contenerse atrapó su boca y le dio un beso ardiente y desesperado.

Varina tembló cuando cayó sobre ella y la inmovilizó con el peso de su cuerpo sin dejar de besarla mientras sus manos atrapaban sus pechos y gemía desesperado.

Se resistió, quiso escapar pero sabía que estaba atrapada, no podría escapar si él decidía tomarla por la fuerza. Era un hombre fuerte, con un pecho ancho y sus brazos y piernas eran de titán. La tomaría hasta saciarse.

Y desesperada lloró.

—Por favor no me lastimes, no lo hagas.

Tadeo se detuvo y la miró.

—No te haré daño muñeca, lo prometo. No te lastimaré. Sé que quieres esto, que tú lo deseas a pesar de que me rechaces ahora, estás húmeda... deseas que lo haga, deseabas que fuera tu marido pero soy yo... yo seré tu marido si me dejas—dijo

mientras le bajaba las bragas despacio y se acercaba para besar su rincón más íntimo.

—No, no, déjame... por favor.

Tadeo no pudo aguantarse y se abrazó a su cintura y comenzó a devorarla con su lengua húmeda con la desesperación de un loco.

No podía moverse y cerró sus ojos para no ver lo que estaba haciéndole. Era como en su sueño, y su boca la atrapó, su boca y sus manos se apoderaron de su vagina y ella lo dejó porque temía que la lastimara. Sólo serían besos, eso le dijo, pero necesitaba hacerlo, se moría por hacerlo, por darle placer y también embriagarse con su sabor.

Cerró los ojos de nuevo y se imaginó que era Valenti, no lo habría soportado de otra forma. Valenti estaba en esa cama haciéndole el amor y él dijo que si lo hacía la dejaría ir. Si le daba lo que pedía: placer. Sólo quería acostarse con ella y disfrutarlo, nada más.

No le pediría nada y tal vez fuera rápido...

Él la desnudó despacio, le quitó el vestido y se detuvo para mirarla.

—Tranquila no te lastimaré, seré muy suave contigo, lo prometo muñeca, no temas. Todo estará bien, te lo prometo—insistió.

Varina lloró cuando vio que se quitaba la camisa y abría sus pantalones liberando un pene grueso y afinado en la punta. Nunca antes había visto un pene así y no quería que ese pene la tocara.

—No, no puedo hacer esto, por favor. Amo a mi esposo, por favor—dijo y quiso abandonar la cama pero él la retuvo entre sus brazos y la besó.

—No temas muñeca, no te haré daño, tranquila mírame... no lo haremos ahora,

todavía no... tú lo necesitas, sé que necesitas esto, tu cuerpo te lo pide...

Ella cayó sobre la cama y dejó que la besara, que apretara sus pechos y los besara, que llenara su cuerpo de caricias. Pero quería escapar, quería salir de esa cama, no soportaría que hundiera su pene en ella.

—Por favor, no...

Estaba exhausta, no tenía fuerzas, el peso de su cuerpo la inmovilizaba y antes de que pudiera protestar abrió sus piernas y le introdujo su miembro hasta el fondo. En un santiamén y eso lo hizo gemir de satisfacción porque sintió cómo su vagina se resistía y lo apretaba.

—Eres maravillosa pequeña, eres una muñeca hermosa y perfecta—dijo mientras la rozaba despacio, muy despacio hasta poder caer sobre ella y quedarse pegado a su vientre.

Ahogó sus protestas con un beso salvaje, no la dejó moverse, era suya. Su hembra y la tendría. Le haría eso que tanto había deseado. Ese era el trato. Y ella dejó de resistirse porque sabía que era inútil y porque temía que la lastimara.

—Así preciosa, así, quédate quieta mi amor... eres mía ahora, mi mujer—dijo.

Estaban atrapados, fundidos en un abrazo apretado y no podía moverse ni hacer nada más que rezar para que pasar rápido y cumpliera su promesa de dejarla ir.

No, no era su mujer, nunca sería su mujer, no era más que su cautiva y él la había forzado. Volvió a llorar y deseó que terminara rápido, que dejara de hacerle daño, de torturarla.

Él sonrió y le dio un beso ardiente mientras sentía su miembro grueso moverse en su vagina, rozándola sin piedad. Sintiendo cada milímetro de él.

—Abrázame preciosa, por favor—le pidió—abrázame muñeca, apriétame contra ti.

Ella lo abrazó y él atrapó su rostro y la miró con fijeza.

—No llores preciosa, pronto regresarás con tu amor. Si es que luego deseas volver con él... pero este día serás mía, ahora serás mía—le dijo.

Varina lo miró furiosa y sintió terror de que la dejara allí y no cumpliera su promesa. Se resistió y quiso escapar pero ya era tarde, sintió que la mojaba con su placer y la llenaba por completo. Odiaba sentir eso, quería evitarlo, escapar...

—Ven aquí preciosa, ¿a dónde vas? ¿Crees que lo haré una sola vez?—se quejó.

Ella lo miró furiosa.

—Déjame, no lo haré de nuevo. No quiero hacerlo de nuevo.

Él rió.

—Deja de fingir, sé bien que te gustó y lo disfrutaste. Tal vez porque imaginabas que era tu marido.

Varina logró escapar a tiempo y fue a darse un baño, no soportaba sentir que tenía su vagina llena con su semen. Ni siquiera se había cuidado...

Se sumergió en la bañera llena de espuma y lloró. Se sintió como una perra en esos momentos. Debió resistirse, luchar, golpearlo, no dejarse atrapar por él como una tonta pero estaba tan asustada, tuvo tanto miedo de que le hiciera daño. Sin embargo eso no la hacía sentirse mejor, al contrario, ahora Valenti la despreciaría, creería que lo había engañado...

Pasó la esponja por su cuerpo sintiéndose cada vez peor.

No quería que volviera a tocarla, nunca más. Ella no era un trozo de carne, ni sería su maldita hembra como él quería.

Lo peor era que tenía la sensación de que no sería una sola vez, eso le dijo para engatusarla. La retendría un poco más, la obligaría a tener sexo a diario, las veces que él quisiera a cambio de su libertad.

No se equivocaba, pues cuando regresó a la habitación él acababa de bañarse y estaba envuelto con una toalla.

—Creo que te gustará desayunar primero—dijo con una sonrisa.

Ella vio la bandeja y a él, medio desnudo y tuvo ganas de correr. Pero no podía hacerlo. Estaba embarazada y era cautiva de un loco.

Se sentó a su lado y comió unas tostadas. Bebió jugo de naranja y miró inquieta a su alrededor. Él no dejaba de mirarla y de pronto sintió que tocaba sus piernas a través de la mesa.

—Dijiste que me dejarías ir si lo hacía una vez, sólo una vez—le recordó.

Él sonrió y la rodeó con sus brazos.

—Es verdad, y cumpliré mi promesa. Pero es que no esperaba que fuera tan delicioso hacerte mía y que deseara tanto hacerlo de nuevo. No estoy muy satisfecho ahora pero prometo que te dejaré ir en cuanto me sienta saciado de ti. Eso llevará algunos días, me temo. Pero no temas, cumpliré mi palabra, lo prometo. Ahora ven aquí tesoro, quítate este vestido, me muero por hacerlo, mira, mi socio ya está listo para la guerra.

Varina vio que su pene se alzaba a través de la toalla y quiso correr. No quería hacerlo.

—No, déjame, por favor—suplicó.

Pero él no la escuchó, pensó que se negaba por caprichosa y la llevó a la cama.

—No temas, no tendrás que hacer nada. Sólo quédate quieta, obedece y todo saldrá bien—dijo y comenzó a besarla. Atrapó sus pechos, y su boca ahogando sus gemidos de protestas al sentir que atrapaba sus caderas y le introducía su pene sin más ceremonias.

Quiso escapar, se resistió pero ya era tarde, el peso de su cuerpo la inmovilizó al igual que su miembro más ancho en la base haciendo imposible casi que pudiera escapar de él, ni él lo habría permitido. Quería hacerlo de nuevo y lo haría más veces si se le antojaba hasta tener su placer, su placer era hacerle sentir su poder, su fuerza, su maldita virilidad. Dijo que no la forzaría pero le había mentido, estaba forzándola y tal vez volvería a mentirle y nunca la dejara ir. Debía escapar, porque ese loco no la dejaría ir y tal vez la matara si se escapaba.

Dos semanas después comprendió que sí le había mentado.

Todo seguía igual o peor que antes.

Porque en la cama mientras la tomaba le dijo que era maravillosa y nunca la dejaría ir.

—Te ataré a esta cama si te escapas preciosa, como esas esclavas sexuales, lo juro—dijo entonces.

Varina lloró. Odiaba a ese hombre. Odiaba que la tocara y que la retuviera contra su voluntad.

—Dijiste que me dejarías regresar con mi marido, lo prometiste.

Él sonrió.

—Pero tú eres una gata ardiente y me vuelves loco en la cama, ¿cómo esperas que te deje ir? le dijo mientras la rozaba una y otra vez. Hacerlo era su obsesión, día tras día y nunca estaba satisfecho, siempre quería más.

—Por favor, mi bebé está por nacer, hiciste una promesa.

Varina lloró y le rogó que la dejara ir.

Él se puso serio. No se detuvo, nunca lo hacía.

—Yo cuidaré de ti muñeca, te lo prometo. Y también de tu bebé... te doy mi palabra. Seré tu marido si quieres, le daré mi nombre a la pequeñita que tienes allí. En realidad es como si fuera mía.

—No es tu hija, es de Valenti. Yo amo a Valenti, lo amo.

Tadeo se puso furioso.

—Lo amas pero ahora eres mi mujer. Eres tan hermosa, tan deliciosa, ¿cómo esperas que te deje ir? Dime, ¿qué piensas cuando estás conmigo? Cuando te hago mía, ¿acaso todavía piensas en tu marido? No, no piensas en él, piensas en mí, y sé que te gusta y lo disfrutas porque eres una mujer dulce y ardiente y me necesitas. Necesitas que cuide de ti y de tu bebé y lo haré, prometo que lo haré. ¿Crees que podrás olvidarlo todo y regresar a los brazos de tu amor? Él no te perdonará esto principessa, no lo hará. Te quería porque eras virgen y porque no te acostabas con nadie y no aceptará que otro hombre te haya tocado. Es un hombre orgulloso y no te lo perdonará, aunque le mientas y le digas que yo te obligué a hacerlo. Los dos sabemos que no es verdad. Nunca te hice daño, jamás te forcé, tú querías que lo hiciera porque esto satisface tus fantasías más perversas.

—Eso no es cierto, mientes. Yo nunca quise esto, jamás hubo nada entre nosotros, nada, tú te lo imaginaste todo. Son tus fantasías perversas, no las mías. Eres un chiflado Tadeo, déjame. Déjame...

—No, no te dejaré ahora. ¿Es que no ves que estoy loco por ti preciosa? Y si tu marido viene a buscarte yo lo mataré, lo haré. Tengo una pistola bajo mi almohada por si aparece. Lo estoy esperando. No dejaré que te lleve de mi lado. Siempre quise que fueras mía y ahora que eres mía, ¿crees que podría dejarte ir?

Varina sintió que estaba perdida, debió imaginarlo, nunca tuvo intenciones de dejarla ir, por eso la llevó a esa casa en el medio de la nada, con una habitación para la niña, tenía todo planeado maldita sea.

—Nunca he sentido algo así por una mujer en mi vida, te lo juro. Creo que te amo Varina, te amo—le dijo entonces desesperado.

Varina sintió que lloraba de rabia en esos momentos.

—¿Me amas? No, tú no me amas. Me dejas encerrada aquí, me obligas a dormir contigo. Eso no es amor, es locura, es maldad. Tú me raptaste, me alejaste del hombre que amaba, mi marido pero lucharé hasta el fin para regresar a su lado, te lo juro.

—No podrás hacerlo, no permitiré que me abandones, aunque tenga que encerrarte de por vida te quedarás aquí conmigo. Y si él te encuentra pues será la despedida porque lo mataré. Juro que lo haré. Ahora ven aquí y sé mi mujer, porque eres mi mujer ahora Varina, lo eres...

Ella lloró al sentir que la besaba y la atrapaba para hacerlo de nuevo. No quería que la tocara, quería escapar pero su resistencia fue sofocada por su fuerza, si ella se negaba él la forzaba. Se comportaba como si fuera realmente su mujer y pudiera tomarla las veces que quisiera, como lo haría un marido bruto y desconsiderado. Estaba furioso porque le había dicho que amaba a Valenti, lo sabía y ahora la castigaría haciéndole sentir su poder. Pero no se rendiría, lucharía hasta el final por regresar a su vida, con su esposo. No importaban sus amenazas, no la condenaría a quedarse allí encerrada para siempre. Tal vez él disfrutara esa intimidad forzada, pero para ella no era más que un tormento y sólo se quedaba allí quieta y rezaba para que terminara rápido. Odiaba que lo hiciera pero sabía que debía luchar, que no podía dejar que eso la hundiera. Había pasado demasiado tiempo llorando y con miedo, pero no se saldría con la suya, la obligó a tener sexo pero esa no sería su vida, no la condenaría a ese cautiverio.

La luz

Varina comprendió que tenía que sobreponerse a ese infierno y luchar. Luchar hasta el final. Como si estuviera en una guerra y su vida pendiera de un hilo. No era buena idea pelear con su raptor y desafiarle, había dejado de hacerlo. No porque la hubiera vencido, pero tenía miedo, estaba aterrada y temía que en medio de tanto dolor y estrés su hija naciera antes de tiempo.

Dejó de pelear con Tadeo y logró que él se tranquilizara y la dejara salir, dar paseos. Pero ella distaba de sentirse tranquila.

Estaba preparándose para lo peor. Diablos, quería salvar a su hija, quería vivir porque si él la mataba en un arrebato de pasión ya no tendría nada y su única esperanza era regresar con Valenti. Creía que si seguía su juego estaría a salvo. Sabía que debía ser fuerte y adaptarse, luchar por su vida y por su libertad sin rendirse.

Los días pasaron y tuvo la sensación de que eran meses, años. El tiempo en esa casa se hacía eterno y luchaba por no dejarse vencer por la angustia y la desesperación.

Una mañana Tadeo tuvo que salir, le dijo que regresaría luego del mediodía. Sabía que no dejaría la puerta abierta, nunca lo hacía, a pesar de que en ocasiones la llevaba a dar paseos por los alrededores sabía que la vigilaba, él y sus guardias lo hacían. Pero al menos salir aliviaba un poco la angustia y el estrés de su cautiverio.

Ese día no habría paseos y se acercó al ventanal del comedor deprimida.

Sí, ahora podía recorrer la casa a sus anchas y ver películas en el plasma, oír música. Cuando iba al pueblo le traía dulces o regalos para ella y para su bebé como si fuera un marido tierno y complaciente.

Pero no era su marido.

Era su raptor y lo odiaba. Y odiaba tener sexo con él para poder disfrutar esos privilegios de dar paseos o vagar por la casa sin que se encontrara con una puerta cerrada como antes. Siempre le daba lo que le pedía para que la dejara en paz, pero lo hacía de forma mecánica, sin sentir nada, era sólo sexo y no la satisfacía, odiaba hacerlo y casi podía compadecer a todas las rameras que lo hacían por dinero porque no era satisfactorio, era un tormento a veces y otras era algo tan frío y vacío. De haber sentido algo por ese loco tal vez se habría excitado y alcanzado algún orgasmo, pero no sentía nada más que odio y miedo por Tadeo.

Varina miró su anillo de casada y sus ojos se llenaron de lágrimas. El día anterior mientras lo hacían quiso quitarle el anillo pero no pudo, su mano estaba hinchada y no salía. Se escapó por eso.

“Te compraré un diamante mucho más grande y haré que te quiten ese” le dijo.

No permitiría que hiciera eso, era su anillo de bodas, Valenti se lo había dado y era el símbolo de su amor.

Tadeo dijo que Valenti no le perdonaría que hubiera dormido con él, que ya no era la virgen de un solo hombre y eso la hizo llorar mientras se acercaba a la ventana y veía ese mar azul a la distancia. Se sentía tan lejos de todo, de su amor, de su vida.

—Señora Ricardi, buenos días.

Sabía quién la llamaba así, ahora le decía Ricardi y se volvió exasperada. Marion llegaba para encargarse del aseo y cocinar.

Ella no era la señora Ricardi.

Pensó con rapidez. Sabía que debía intentarlo, no dejaría de intentarlo hasta el

último día de su vida.

Ahora se dijo que si tal vez si buscara su bolso, tenía dinero, podía intentar... ahora que ese diablo rojo no estaba podía hablar con su empleada y pedirle ayuda, ofrecerle dinero. O tratar de robarle el celular.

Fue por su bolso por enésima vez pero no lo encontró. Claro él debió esconderlo con su pasaporte y su teléfono. No tenía dinero, ni tarjetas, nada... ¿cómo diablos podría escapar de esa casa?

Pero sabía que estaba en el Sur de Francia, Villefranche-sur Mer, cerca de un pueblo llamado Saint Denis, el mismo nombre de la calle donde había nacido. Una grotesca coincidencia pero al menos eso la ayudaba a recordar ese nombre.

Ahora sólo le quedaba intentar quitarle el celular a Marion, buscar la manera de hacerlo. No podía ser muy difícil, era una anciana algo distraída a veces.

—¿Cómo se siente hoy señora?—preguntó Marion.

La voz de la criada la hizo volver al presente.

—No muy bien, ¿cómo crees que me siento Marion?—le respondió Varina.

La mucama parpadeó inquieta y Varina se preguntó qué tanto sabía de lo que pasaba en esa casa. ¿O acaso él le había pagado bien para hacer la vista gorda?

—Tal vez debería acostarse, por su estado no debería estar parada—dijo.

Varina supo que era su oportunidad de llamar su atención.

—Me duele la panza, quisiera que llamara a un médico. Hace semanas que no veo a mi doctor y eso no es bueno para el bebé.

La cara de la mucama al oír eso era un cuadro. Se asustó, era una vieja, y las viejas eran muy melindrosas y veían fantasmas en todas partes, lo sabía bien.

—No se angustie, llamaré a su marido ahora.

—¡Tadeo no es mi marido!—chilló Varina histérica—Mi marido está en Italia y se llama Lucio Valenti. Tadeo me raptó y me mantiene cautiva aquí porque está loco. Por favor ayúdeme, lléveme al hospital, perderé a mi hijo si no lo hace.

Marion la miró espantada y tomó su celular. Uno que era inesperadamente grande y táctil. Moderno.

—No se angustie señora Valenti, llamaré a su marido ahora—insistió la vieja.

¡Maldita sea! No quería que llamara a Tadeo, quería que la ayudara, que comprendiera que estaba en apuros. Varina se dijo que no permitiría que le avisara al diablo y furiosa se acercó por detrás y le arrebató el celular y le dio un golpe en la cabeza con una sartén. Lo tenía todo casi listo y curiosamente lo había visto en una película el día anterior. No le gustó hacerlo pero estaba desesperada, tuvo la sensación de que esa vieja nunca la ayudaría a escapar y que también la vigilaba.

Tuvo suerte de no errarle porque la mujer era menuda y cayó desmayada por el golpe. Varina tomó el maldito celular y corrió a encerrarse a su antigua habitación para llamar a su marido.

Maldita sea, la línea estaba ocupada, tendría que esperar...

Cuando escuchó su voz lloró, no pudo evitarlo.

Él guardó silencio y luego dijo:

—¿Varina mi amor, eres tú? Dios mío, ¿dónde estás? Llevo semanas buscándote, estoy a punto de volverme loco.

Ella respondió con un murmullo ahogado.

—Ayúdame por favor, Tadeo lo hizo, me tiene encerrada aquí en Francia... —

su voz se quebró mientras decía el nombre del pueblo.

—Pero Tadeo está muerto preciosa, Tadeo murió en un accidente y su hermano desapareció el mismo día, escapó de prisión. Pensábamos que era él.

Varina sintió que estaba a punto de volverse loca.

—Tadeo no murió, está aquí, él me trajo. Él planeó todo esto y está loco. Él me escribió esa carta, y me espiaba, sabía todo lo que hacía, mis platillos favoritos... no ha dejado de espiarme con la ayuda de su hermano. No sé quién está muerto en Italia pero te aseguro que no es Tadeo. ¿Tú viste su cuerpo?

—No... pero lo reconoció un empleado por las ropas y... me pareció tan macabro todo. Y hemos buscado a Giovanni pensando que él te había secuestrado ese día y sobornado a Antonio porque escapó de prisión, pero nadie lo ha visto como si la tierra lo hubiera tragado. Tranquila tesoro, no llores, te encontraré y pondré a ese mal nacido tras las rejas. Lo rastrearemos. Ahora no digas nada de esto. Ten calma. ¿De quién es este teléfono?

—Es de una sirvienta que trabaja aquí, le pegué para quitárselo. Estaba desesperada. No soporto más esto, siento que voy a morir aquí, él nunca me dejará ir y dijo que te matará si vienes. Por favor, ten mucho cuidado, tiene un arma y la usará.

—Varina no, no morirás mi amor, tranquila. Iré a buscarte, aguarda, están rastreando tu llamada, sigue hablando preciosa. Tranquila. Respira hondo, vamos, hazlo preciosa. Estoy feliz de oír tu voz, de saber que al menos estás viva, no te preocupes. Te encontraré y te aseguro que nunca más te apartarán de mí.

Esa última frase la hizo llorar, quería seguir hablando pero no le salía la voz.

—Varina, ¿estás ahí? Por favor dime cómo es el lugar.

Ella le habló de la playa y que la casa era de piedra.

Hasta que notó que le entraba la llamada de Tadeo y tembló.

—Está llamando al teléfono ahora, Lucio.

—¿Lo puedes ver? Dime su número ahora.

Varina lo deletreó y luego rechazó la llamada.

—Vendrá a buscarme, debo cortar Valenti... te amo y nunca voy a olvidarte.

Lo sabes ¿verdad? Te amo y no sé cómo he soportado este calvario, creo que soy más fuerte de lo que pensaba.

— ¿Te ha lastimado? Lo mataré, maldito infeliz. Juro que lo mataré. Varina, tranquila mi amor. Todo saldrá bien y no, no digas nada de esto. No llores... iré a buscarte ahora, lo haré.

—Pero Tadeo lo sabrá, verá que golpee a la cocinera.

—Borra la llamada ahora. No digas nada, no discutas con él, si tramó todo esto es porque no está bien de la cabeza. Y todos creíamos que era Giovanni el loco...

—Sí, lo sé pero me cuesta mucho soportar un solo día más aquí, él...

—¿Estás herida, preciosa? Dímelo por favor.

—No pero me duele el corazón, me siento mal porque... me obligó a estar con él y no puedo, no puedo...

—Lo mataré preciosa, juro que lo mataré en cuanto lo atrape. Descuida, iré ahora a buscarte. Intenta serenarte.

Varina secó sus lágrimas y dijo que lo intentaría.

—Preciosa, llama a la policía francesa, tú hablas francés, dile lo que pasó.

Llegarán primero que yo. Hazlo ahora, no pierdas tiempo.

—Sí, lo haré Valenti. ¿Pero crees que sean de fiar?

—Por supuesto que sí, la policía francesa es una de las mejores. Además hay una orden para tu búsqueda, verás que eres tú.

—Lo haré, lo prometo y mi papá... no te pregunté por él.

Valenti dijo que estaba bien.

—Llama todos los días, está muy preocupado, quiere encontrarte.

—Dile que estoy bien, avísale.

—Lo haré.

Varina miró a su alrededor y secó sus lágrimas. Llamó al 911 y pidió ayuda. Contó lo que había pasado y la telefonista tomó todos los datos.

—¿Dónde se encuentra, madame? ¿Puede darme su dirección, por favor?

—Es que no la sé con exactitud. Me han raptado y estoy en una casa sobre una playa, se llama Villefranche-sur Mer en un pueblito costero llamado Saint Denis, pero no sé la dirección, siempre estoy encerrada pero es una casa azul frente a la playa, de piedra y madera. Hay un dragón dibujado en la puerta y... Tadeo Ricardi es el dueño. Por favor búsquela, no demore, él regresará y tengo miedo.

—¿Está muy lastimada, madame?

—No... pero tengo miedo. Está loco y es peligroso, es violento.

—Tenga calma por favor... ya la tengo, tengo su ubicación.

Varina lloró de la emoción, no podía creerlo.

Nunca supo cómo ese día encontró el coraje para hacer lo que hizo, pero nada más cortar el teléfono fue a darse un baño. Se metió en la ducha porque no tenía tiempo para llenar la bañera de agua. Debía calmarse y pensar que le quedaba poco, que su

calvario había terminado. La policía iría a buscarla, lo haría. Podría reunirse con Valenti... parecía un sueño, temía que fuera un sueño y que despertara con ese demonio a su lado.

Pero mientras iba a su cuarto de vestir, envuelta en una toalla sintió ruidos en la casa, ruidos de paso.

—Varina, ¿dónde estás? Varina—gritó Tadeo.

Había llegado antes de tiempo, tal vez esa Marion le había avisado con un mensaje de texto. Maldita sea. Buscó el celular desesperada y lo escondió en la ropa, era todo cuanto tenía para que la encontraran, no podía perderlo.

—¡Varina! ¿Dónde estás?—gritó de nuevo Tadeo.

Ella se vistió de prisa mientras se peinaba el cabello y se perfumaba. Sintió que sus manos le temblaban. Debía resistir, un poco más, distraerle, porque si sospechaba que la policía iba en camino huiría de la casa y no podrían encontrarla.

Lo había tramado todo. Hasta le creyeron muerto... planeó su propia muerte en un accidente, qué locura. Para que nadie sospechara de él y su hermano había escapado de prisión. Bueno, al diablo con Giovanni, ¿qué importaba ahora? había hablado con Valenti, oído su voz y sintió que una emoción intensa la embargaba. Debía luchar y resistir, sólo un poco más.

Sintió que abría la puerta y entraba.

Ella salió de la ducha vestida y lo miró, se veía desencajado y nervioso.

—¿Qué hacías aquí? ¿Por qué te escondes de mí?—dijo—la cocinera dijo que tú te sentías mal y luego no recuerda nada. Tiene un golpe en la cabeza. ¿Tú le pegaste?

—No, debió caerse esa vieja loca, inventa cosas. Estaba dándome un baño,

¿no ves? Me sentía mal luego de que te fuiste y me di un baño pero ya estoy mejor. Creo que fueron contracciones pero se me fueron.

Tadeo no le creyó demasiado, era un diablo taimado, supo que algo malo pasaba cuando llamó a la mucama al celular y esta no respondió y regresó corriendo a la casa.

—¿Has estado llorando, muñeca? ¿Te sientes mal, qué tienes? —preguntó acercándose a ella.

—Tenía dolores, por favor, no me siento bien.

Él se asustó.

—Tranquila, llamaré a un médico. Acuéstate, vamos. No tienes buen color.

Varina obedeció. Necesitaba distraerle, ganar tiempo.

—Necesito un vaso de agua—dijo.

Él obedeció solícito mientras llamaba a una ambulancia. Pensaba que nacería su bebé y eso lo puso con los nervios de punta. Mejor así.

Ella tomó el vaso de agua.

—El médico pregunta cada tanto tienes contracciones—quiso saber.

Varina lo miró perpleja.

—No lo sé. Ahora no me duele—respondió y cuando intentó incorporarse para beber el agua el celular de la mucama cayó al piso y Tadeo lo vio y su mirada cambió. Estaba furioso.

—¿Qué es ese celular? ¿De dónde lo sacaste?—preguntó.

Antes de que pudiera responder entró Marion con cara de espanto chillando que había perdido el celular.

Tadeo tomó el celular del piso y lo encendió para ver a quién había estado llamando.

—¿Llamaste a tu marido, no es así?—dijo.

Ella no respondió. Estaba asustada. ¿Cómo pudo dejar que se le cayera el celular? Demonios. Estaba perdida.

—Responde.

—Sí, lo llamé y sabe que estoy aquí.

Tadeo sonrió aliviado.

—Eres una tonta. Jamás te encontrará.

Entonces se oyeron las sirenas y golpes furiosos en la puerta. La policía había llegado y gritaba que abrieran la puerta.

Tadeo maldijo en silencio y luego la miró.

—Deja de llorar ahora y haz todo lo que te digo o juro que lo lamentarás—la amenazó.

Varina quiso correr pero se quedó dónde estaba. Sabía que tenía un arma y la usaría.

—Ven conmigo muñeca, hay una salida secreta en la cocina, saldremos por allí.

—Basta Tadeo, se terminó. Llamé a Valenti y a la policía con el teléfono de la mucama. Saben que eres tú y te encontrarán. No podrás escapar.

—¿Y crees que me entregaré a la policía? Diré que tuvimos una aventura y luego te arrepentiste. Huiste con tu chofer y tu guardaespaldas muñeca, ¿se te olvida eso? No podrás incriminarme. Tengo buenos abogados y no iré a prisión y cuando

logre aclarar todo esto te buscaré. Nunca estarás tranquila con tu amado jefe.

Tras decir eso entró la policía y él actuó con estudiada calma y hasta indignado por la irrupción de los gendarmes.

Varina gritó pidiendo ayuda y contó entre lágrimas que ese hombre la mantenía secuestrada allí.

Él lo negó todo por supuesto y hasta dijo que tenían una aventura.

—Está muy nerviosa oficial y discutimos, pero todo pasó. ¿Lo ve? No está lastimada. Es una pelea de pareja por eso llamó a la policía.

Al ver que mentía Varina se sintió indignada. Era el colmo. Maldito embustero, ¿es que nunca dejaría de mentir?

—Eso es mentira, oficial, me retiene aquí contra mi voluntad, me ha quitado mi celular, mis documentos. Escondió mi bolso, no sé dónde está.

—¿Dónde están los documentos de la señora?—preguntó el oficial con expresión torva.

—Los tengo guardados en el dormitorio, no están escondidos. Están allí. Si quiere se los traigo.

—No se mueva señor Ricardi, diga dónde están y nosotros los buscaremos. Ahora tendré que tomar los datos de ambos.

Pero cuando encontraron los documentos vieron que en efecto ella era quien decía ser, pero no la historia que había contado, Tadeo se encargó de contar su versión.

—No puede acusarme de rapto, oficial, tenía un romance con la esposa de mi primo y ella se embarazó, el bebé que espera es mío, no de su esposo. Pero ahora lo extraña y quiere volver con él, peleamos porque yo no quería que se fuera y sí, la

retuve. Pero la amo y quiero a la niña que viene en camino, es mi hija también y me desesperé. ¿Qué quería que hiciera?

Varina ardía de rabia al oír tantas mentiras. ¿Cómo tenía el descaro de inventarse todo eso?

—Eso no es verdad, miente, nunca engañé a mi esposo. La niña que espero es de mi marido—dijo alterada—Él me secuestró, sobornó a mi guardaespaldas para que lo ayudara a escapar. Me quitó el celular y hoy tuve que golpear a la mucama para poder quitárselo.

—Señora por favor, cálmese. Su estado es delicado, creo que será mejor que la vea un médico forense—dijo la oficial.

Varina lloró.

—Por favor, avisen a mi esposo que estoy bien.

—Sí, lo haremos, pediremos una ambulancia. Vendrá con nosotros. Pero debe conservar la calma, su estado es muy delicado.

Varina suspiró al ver que la llevarían lejos de esa horrible casa, no sabía si creían o no su historia, pero al ver que estaba en avanzado estado de preñez pensaron que lo mejor era trasladarla a un hospital cuanto antes. La policía le creía, su colega parecía dudar pero al menos ella comprendió que no mentía y fue un alivio.

Pero al ver que se la llevaban, Tadeo se desesperó e intentó detenerles.

—No pueden llevarse a mi esposa así, está embarazada y su estado es delicado—protestó y furioso al ver que no le prestaban atención agarró a la oficial de rehén y le apuntó con el arma que tenía guardada en la mesa de luz de la habitación. Fue tan rápido que el policía que estaba con la oficial retrocedió espantado.

—Baje el arma, no lo haga más difícil. Hay una patrulla abajo.

—¿De veras? ¿Por una pelea marital mandan varias patrullas? Miente, sólo mandan una y aquí están, no permitiré que se lleven a Varina. Es mi esposa y se irá conmigo.

Varina lo miró espantada pero no dijo nada, tenía a la oficial apuntándole con un arma.

—Baja el arma italiano, no podrás salir aquí con vida porque yo sé manejar estas situaciones y no vacilaré en disparar. Esto no es Italia, amigo, aquí tenemos nuestras leyes y se respetan.

Que mencionaran a Italia lo hizo perder los estribos.

—¿Y tú qué tienes que decir de mi país maldito francés afeminado?—chilló Tadeo—Suelta a mi mujer y tráela conmigo o te juro que verás cómo le vuelo la cabeza a tu oficial. Varina, ven aquí ahora vamos. Obedece muñeca, si no quieres que nadie salga herido. ¿Pensaste que podrías escapar de mí tan fácilmente?

—Baja el arma, por favor, se terminó Tadeo. Perdiste. Se acabó. Valenti vendrá y querrá matarte. Y si eso no ocurre, si tú me llevas lejos de aquí seré yo quien quiera morir. No soporto más esto. No lo soporto más—gritó Varina y corrió, corrió lejos de la habitación haciendo que Tadeo perdiera la partida porque la oficial le dio un golpe en la cara y el otro policía lo redujo.

Ella corrió y fue hasta la puerta principal y salió de esa horrible casa. Llevaba tanto tiempo cautiva que no quería quedarse ni un minuto más en ese lugar.

—Señora, aguarde. Tranquila. Ya todo pasó—le dijo la oficial.

A lo lejos sintió que Tadeo la llamaba.

—Esto no quedará así, en cuanto salga libre iré a buscarte. Nunca estarás tranquila con tu esposo tesoro, te buscaré, no importa cuánto tiempo me lleve. No escaparás muñeca, fuiste mía preciosa y tu marido lo sabrá, sabrá cómo nos divertimos en la casa, tengo todo grabado.

Varina se cubrió los oídos para no oír más y cuando la oficial le habló para completar la denuncia lloró incapaz de articular palabra hasta que dijo:

—Necesito un médico. Por favor, mi bebé está pateando y tengo miedo, hace semanas que estoy encerrada aquí y nunca me dejaba salir. No he podido controlarme.

—Tranquila señora, la ambulancia ya está en camino. Calma, todo ha terminado. Recibirá toda la atención y ese hombre irá preso, pero deberá hacerse exámenes, irá a forense, sé que será duro para usted pero será necesario para poder juntar pruebas. Ahora irá detenido por agresión y desacato y otros cargos pero si presentará una denuncia por violencia privada.

—¿Violencia privada? Ese hombre no es mi pareja, es pariente de mi esposo y un buen día me secuestró. Busque en la comisaría, llevo desaparecida por casi un mes, ya ni sé qué día es hoy.

—Sí, entiendo, pero las pruebas serán necesarias porque es un hombre adinerado, tiene varias propiedades aquí y pondrá buenos abogados, ya lo vio como en un momento tergiversó la historia de lo ocurrido. Y cree que como tiene dinero no irá a prisión. Pero con las pruebas sí irá preso.

La ambulancia llegó entonces y la trasladaron.

Varina fue llevada en silla de ruedas por el sendero y antes de marcharse vio la casa rodeada por el mar. Era una construcción de piedra inmensa llamada Sirena del

mar. Se veía hermoso pero para ella era un sitio infernal en el que estuvo cautiva más de tres semanas. Tres semanas pero parecía mucho más tiempo, sintió que estuvo una eternidad cautiva de ese demonio. Ahora entendía por qué se había asustado cuando lo vio por primera vez, por qué esa mirada de demonio la impactó. Y ahora el muy maldito dijo que le enviaría los videos privados a su esposo... Pues que le dieran mucho tiempo en la cárcel, lucharía hasta el fin para verlo tras las rejas.

—¿Se siente bien, señora?—le preguntó un enfermero.

Ella asintió. Estaba deseando salir de ese pueblito costero y llegar al hospital y que le dijeran que su bebé estaba bien. Llevaba días sin atenderse, pasando mal, y era un milagro que no hubiera tenido el parto.

El traqueteo de la ambulancia la hizo dormir, luchó para no dormirse pero el cansancio terminó vencéndola y mientras oía hablar a los enfermeros que la acompañaban se durmió.

Despertó poco después sintiendo los latidos del corazón. Se oían fuertes.

—El bebé está bien, latidos normales—dijo el doctor.

Varina la vio en la ecografía, a su bebita de cara redonda. Estaba allí mirándola a través de la pantalla y le provocó una emoción tan intensa.

—Mi bebé, tuve tanto miedo...—murmuró.

—Tranquila señora, el bebé está bien. ¿Cuánto tiempo tiene de embarazo?

—Estoy de ocho meses, terminando los ocho meses pero en semanas estoy en la treinta y seis doctor.

—Entonces puede nacer en cualquier momento. Pero es mejor que nazca a término. ¿Se ha hecho los controles?

—Sí. Pero estuve privada de libertad casi un mes y por eso...

—Comprendo pero ¿el embarazo no ha tenido problemas, presión alta, diabetes? ¿Ha estado todo normal?

—No... todo está bien.

—Descanse señora, le he mandado un sedante muy suave, no le hará nada al bebé y creo que es por su bien. Está muy estresada y necesita recuperarse.

—Es que no quiero dormir, quiero ver a mi esposo. ¿Dónde está él?

El médico dijo que no lo sabía y ella se angustió cuando se quedó sola en esa habitación de hospital. Odiaba estar sola en ese lugar, le provocaba angustia y desolación.

De pronto sintió unos pasos y tembló al ver entrar a un hombre de traje negro y

lentes. Estaba a punto de gritar cuando él se acercó y Varina sintió que su corazón palpitaba enloquecido.

—Tranquila preciosa, soy yo mi amor. Calma, todo terminó ¿cómo estás?

Ella no pudo hablar y lloró de la emoción. Su esposo había llegado, no deseaba otra cosa en el mundo. Tuvo tanto miedo de morir, tanto miedo de no verlo más.

Valenti se acercó y la abrazó y la besó acariciando su cabeza, estrechándola contra su pecho.

—Calma preciosa, estás a salvo. Tranquila—dijo y entonces vio las marcas en sus brazos y su expresión tan triste y su rostro se tensó—Malnacido, lo mataré por todo esto. Te juro que no descansaré hasta que pague por todo esto—murmuró.

Varina no respondió, sólo lloró y luego dijo:

—Quiero regresar a casa, por favor. Este lugar me asusta, tengo miedo aquí.

—¿Por qué lo dices? ¿Acaso pasó algo cuando te internaron?

—No... pero me han sedado y no puedo dormir, es como si viera sombras cuando intento dormir... Siento que está aquí y temo que venga a buscarme. Dijo que me buscaría que no descansaría hasta encontrarme. Tengo miedo, odio vivir así, quiero que esta pesadilla termine.

—Eso no pasará, calma, esta pesadilla terminó. Ese demonio ya no puede hacerte daño, está preso, no lo liberarán, el imbécil le apuntó a la cabeza a un policía y además te secuestró. Pero sé que esto será un maldito proceso judicial pero no tenemos que quedarnos aquí. Hablaré con mi abogado para que puedas regresar cuanto antes pero... preciosa, el médico dice que quiere hacerte más exámenes.

—No, no quiero quedarme. Quiero estar lejos de todo esto, por favor, llévame a casa. Pensé que nunca más volvería a verte, tenía un arma la llevaba siempre consigo y no sabía...

—Sé que esto será muy doloroso para ti pero debes luchar, no será fácil y no mejorará luego de que regresemos a casa, en parte sí pero... debes luchar. Eres fuerte preciosa, eres muy fuerte y esto no es tu culpa, fue mi culpa, Varina. Mírame. Es verdad. Si hubiera sido menos estúpido y precavido, y cuando supe que Giovanni encubría a alguien debí suponer que sólo podía ser Tadeo. Y fue mi hermano quien me avisó, me dijo que había visto la forma en que te miraba y no le gustó. No le creí, porque Tadeo nos enemistó, sembró discordia entre nosotros por cosas del pasado, tonterías. Y confiaba en él, él mismo dijo que me ayudaría a buscar al acosador, fingía estar indignado y preocupado y a mis espaldas planeaba hacer esto... antes de la boda y luego... Y no lo hizo por celos ni envidia, ni por la empresa. Fue porque estaba obsesionado, estaba enamorado de ti Varina, Giovanni me lo contó todo. Lo obligué a hablar en realidad, le di la paliza de su vida. La rata estaba escondida en su casa, fingía haberse marchado de la ciudad pero estaba allí. Y yo debí adivinarlo. Pero él fue más astuto, y manipulador como todos los malditos psicópatas. Manipula, miente y enreda a los demás. Y mientras te espiaba me daba su apoyo en la empresa, siempre estaba allí para espiar a los otros socios y tratar de ayudarme. Era como un hermano pero creo que eso nunca existió, ni siquiera era mi amigo. Porque un buen amigo no se enamora de tu esposa.

—Valenti, él dirá que yo huí con él y negará todo esto. Dirá que peleamos, inventará cosas que no son y todos sabrán lo que me hizo. No sé si podré soportar eso,

tener que enfrentar ese juicio y verle será un tormento para mí. Ya lo hizo cuando los oficiales fueron a rescatarme.

—Preciosa, no te preocupes por eso. La oficial me dijo que están las pruebas de forense en la que se constatan las lesiones y el abuso. No podrá negar eso. Ni tampoco que te mantuvo encerrada en una casa en el medio de la nada. Han arrestado a los que trabajaban para él por cómplices y confesarán todo, te lo aseguro. No tendrá manera de escapar esta vez. Pagaré por lo que hizo y en cuanto a lo demás, hablaré con mis abogados y no te expondré a un juicio oral. No lo haré. Te lo prometo. Ahora lo importante es que te recuperes de esto y estés bien tú y nuestro bebé. Sé que todo esto es difícil preciosa, pero lo superarás, eres fuerte y yo estaré contigo.

Tras decir eso la abrazó y Varina lloró emocionada, feliz, lo peor había pasado y ahora debía luchar por superarlo, Valenti tenía razón, no sería fácil pero era fuerte y saldría adelante, debía luchar por eso. Pero sentir que él estaba a su lado y la abrazaba lo cambiaba todo, lo había extrañado tanto. Sus caricias, sus besos, oír su voz.

—Te extrañé tanto y tú... ¿cómo has estado?

—Estoy bien preciosa, ahora me siento vivo de nuevo, creí que me volvía loco porque no había pistas, no había nada. Fue desesperante. Pero tuviste el valor de enfrentarlo y eso es admirable, sin esa llamada no sé... no quiero ni pensar en lo que habría pasado.

Varina sonrió.

—Lo vi en una película, una joven fue raptada por un psicópata y ella lo golpea con una sartén para robarle el celular. Espero que la cocinera esté bien, no volví a verla.

—Estará bien en la cárcel sí, ella y los demás que participaron de esto. No te aflijas, dudo que le hicieras daño.

—Cayó desmayada en el piso.

—Pues te felicito mi amor, tenías que hacerlo, sin eso no habrías podido escapar. Porque todo esto fue planeado por una mente siniestra y el detective que contraté es un completo inútil, y no sé si no fue sobornado por Tadeo como los demás. No me explico que fueran tan imbéciles ¿sabes? Pero descansa, debes descansar, todo esto te ha dejado agotada pero saldremos adelante, sé que lo harás preciosa.

Mientras hablaba apareció un médico con cara de pocos amigos.

Dijo ser el forense y traía una carpeta con los exámenes.

—Necesito hacerle unas preguntas a la señora—dijo.

Valenti lo miró con cara de pocos amigos.

—¿Preguntas? Mejor será que hable con mis abogados doctor, ya tiene todo lo que desea en esa ficha médica. No va a torturar a mi esposa con sus preguntas después de todo lo que ha sufrido.

El médico frunció el ceño contrariado.

—Sé que es desagradable, lo siento mucho pero es necesario que evalúe las lesiones. Debo examinarla y conversar con ella un momento, prometo que será breve.

—Se equivoca doctor, no la tocará, ¿qué se cree que es?

Valenti se puso como una fiera y al ver que el médico insistía imperturbable lo sacó a empujones.

—Mi esposa ya fue examinada cuando ingresó, todo está anotado en su historia clínica, ¿es que no ve cómo está? Maldito protocolo de hospital, no van a someterla a

más exámenes ni preguntas haciendo que reviva ese horror. ¿Ha comprendido? Hable con mis abogados si eso le molesta, al diablo usted y su puto protocolo de hospital.

El médico no insistió y casi salió corriendo al ver que Valenti quería pegarle.

Estaba furioso y Varina lo abrazó para que se calmara. Él también había sufrido con todo eso y estaba lleno de odio y de rabia.

—Malditos burócratas, siempre martirizando a las víctimas en vez de emprenderla contra los agresores. ¿Por qué carajo no le hacen un estudio psiquiátrico a ese demente?—se quejó.

—Mi amor escucha, no me importa hablar con ese médico y decirle la verdad. Si es parte de la burocracia de la denuncia deja que lo haga. No me afecta. Al contrario quiero decir todo lo que pasó porque é dijo que dirá que me escapé con él y otras mentiras y es necesario que sepan que... prefiero hacerlo ahora para que dejen de molestarme después y me den el alta.

—No creo que sea buena idea para ti, quiero que superes esto, debes estar tranquila has pasado una situación traumática y todo esto lo que hace es recordártelo. Está en tu historia clínica, en el registro maldita sea, ese doctor lo sabe, pues que la lea. Cuando te ingresaron te hicieron análisis, estudios, todo está allí, yo lo vi.

Varina no insistió, comprendió que tal vez Valenti leyó esa historia o le avisaron de los análisis.

—¿Qué decía la historia, los análisis dieron bien?—quiso saber.

Valenti la miró.

—La doctora me dijo de las lesiones, necesitas estar aquí un tiempo para que te hagan más estudios, pero todo está bien no hay infecciones ni nada.

—Eso no es verdad, dime la verdad por favor. ¿Qué viste en esa ficha médica que te enfureció tanto?

—Varina, no estoy furioso por eso, estoy furioso de que quieran que revivas ese infierno, nada más. Ese malnacido pudo matarte a ti y a nuestra niña, te raptó y abusó de ti embarazada y a punto de dar a luz, hizo algo tan monstruoso que espero que pague, no deseo otra cosa. Ahora descansa, yo te cuidaré y no me moveré de aquí ni dejaré que ningún doctor estúpido se acerque de nuevo.

Varina no insistió y él la abrazó.

—Descansa ahora mi amor, lo necesitas.

Ella sonrió. Todavía le parecía un sueño estar entre sus brazos, estar con él, había tenido tanto miedo.

Su padre fue a visitarla al hospital al día siguiente. Varina se alegró de verle pero notó que la miraba muy serio.

—¿Qué tengo, papá? ¿Por qué me miras así?—le preguntó.

Entonces notó que miraba sus brazos marcados con cardenales y se sintió mal. Él sabía que no estaba bien por más que sonriera.

—Nada... perdona, es que tuve tanto miedo al ver que no aparecías pero estás viva Agnes, estás viva y eso es lo importante.

Ella asintió.

—¿Y tú cómo estás, papá? ¿Cómo va tu tratamiento?

Varina lo notó más flaco y de feo color pero no dijo nada. Imaginó que el tratamiento de la quimio era así, lo había visto antes, devastaba a las personas porque las envenenaba por dentro para matar a las células malas.

—Estoy bien, Varina.

Vaya, era la primera vez que le decía su nombre actual.

—Recé tanto por ti—dijo y se emocionó—Sólo rezo cuando estoy muy desesperado y lo estaba. Sabía que el señor no podía ser tan cruel de hacer esto.

—Yo no creo mucho en Dios ahora, papá, antes sí pero ahora... creo que si está allí debe ser demasiado viejo para prestarnos atención.

Y mientras decía eso apareció tía Giuliana con su esposo.

Rayos, se sintió abrumada y lloró. Su tía corrió a su lado y la abrazó, muerta de pena, sus ojos decían a las claras cuánto había sufrido.

—Varina. Esto es un milagro—balbuceó—¿cómo puedes decir que ya no crees en Dios? Recé tanto para que te encontraran, para que nada malo te hubiera pasado—dijo.

—Es que es verdad, tía. Hace tiempo que he dejado de creer, no quise decirte porque sabía que te apenaría, tú tienes tanta fe...

Tía Giuliana secó sus lágrimas y suspiró.

—Perdóname, es la emoción de verte Varina. ¿Y tú bebita, mi amor? ¿Está bien?

Ella asintió.

—El doctor dijo que puede nacer de un momento a otro pero yo quisiera que naciera en Italia, quiero irme de aquí tía. No quiero estar un solo día en este país. Creo que lo odio.

—Lo sé pero tal vez sea mejor esperar a que nazca, por el bien de la niña.

Cuando su padre y su tía se fueron, media hora después, Varina dijo que su padre estaba mal.

—No pienses en eso, resistirá es un hombre fuerte—le respondió Valenti.

—Vio mis brazos y me vio mal, creo que eso lo afectó... quisiera usar una bata para cubrirme por si recibo más visitas.

—Sí, preciosa, no te preocupes, enviaré a mi nuevo chofer a buscarte ropa. Necesitarás abrigo para cuando te den el alta.

—¿Y eso cuándo será?—preguntó Varina con ansiedad.

—No lo sé, pero insisten en que te quedes unos días por si acaso el bebé nace antes. Creen que no es bueno que hagas un viaje todavía.

—¿Entonces realmente creen que nuestro bebé nacerá ahora?

—Temen que eso ocurra en cualquier momento y nos pesque en un vuelo.

—Pero ahora no tengo contracciones.

Varina tuvo la sensación de que su marido le ocultaba algo. Al comienzo dijo que debía descansar en el hospital ahora le decía que era por el bebé.

—Quiero irme de aquí cuanto antes, no descanso y el olor a hospital me hace sentir mal—dijo.

—Y yo también quiero largarme de este lugar y llevarte a casa. Mi madre quiere que nos quedemos en la casa del lago unos días pero no sé si te guste la idea y estoy pensando en mudarnos lejos de la ciudad, a una casa con jardines. Luego de nazca la bebé necesitaremos espacio y un lugar tranquilo, cerca de la naturaleza. Sé que no te gustaban las casas de las afueras de Milán pero...

—Eso era antes, ahora pienso que me encantaría mudarme allí.

Valenti le mostró fotos en su celular y pasaron el día viendo casas en venta en las afueras de Milán.

—Quisiera vivir lejos de una ciudad en realidad, lejos de Milán, tal vez París o el norte de Inglaterra—confesó—Una vida más tranquila, sin estrés. Sin que tengas que estar el día entero metido en una oficina Valenti.

Su esposo se puso serio.

—Tienes razón, vivía metido en la empresa por eso pasó todo esto, te descuidé preciosa.

—No fue tu culpa Valenti, ¿cómo ibas a imaginar que tu primo haría todo esto? Yo tampoco creía que alguien estuviera tan loco y planeara todo esto. Es que siempre

soñé con vivir en un pueblo, una vida en la naturaleza lejos del mundanal ruido. Pero tampoco en el medio de la nada, un lugar cerca de algún hospital porque ahora nacerá nuestra beba y necesitará controles.

—Bueno, necesitaremos estudiar eso con calma pero sí, creo que tienes razón. No quiero que vuelvas a sentirte encerrada en casa, quiero que tengas una hermosa casa con jardines para ti y para nuestra niña, cuando empiece a andar.

—Además podré estar cerca de mi padre, creo que no le queda mucho tiempo ¿sabes? Necesita que esté cerca y luego de que nazca Romina tal vez su salud mejore, porque he oído que todo es emocional.

—Varina, no sé si París sea el lugar más seguro en estos momentos para vivir, pero tal vez podamos convencer a tu padre de que se mude cerca de nosotros. Y además tu tía morirá de angustia si te mudas tan lejos.

Varina sonrió.

—Está bien, tal vez puedas convencer a mi padre. Ahora ve y tráeme ropa bonita para cambiarme pues no puedo salir de este hospital en camisón.

Un nuevo comienzo

Tres días después cuando le daban el alta y Varina corría para darse un baño comenzó a sentir dolores en el vientre y de pronto notó que un líquido amarillo se escurría por el resumidero.

—Valenti, ayúdame—gritó—creo que rompí la bolsa.

Su marido corrió hasta el baño y la vio sentada en la bañera agarrándose la panza con expresión de terror.

—Creo que va a nacer nuestro bebé—dijo con voz alterada.

Valenti se puso pálido.

—Tranquila, todo estará bien, llamaré a una enfermera.

—No, primero tráeme la ropa, no quiero que me vean desnuda—se quejó.

Valenti corrió de un lado a otro ese día pero estuvo allí cerca, tomando su mano o hablándole.

Varina lloraba porque estaba asustada y le dolía mucho. Pero las enfermeras le suministraron una anestesia epidural cuando fue el momento para que no sufriera tanto. La niña estaba bien y la preparaban para el parto.

Ella lloró asustada y le dijo a Valenti que le hicieran cesárea.

—No quiero estar aquí, quiero irme...—dijo luego.

Valenti sonrió.

—No puedes irte, va a nacer Romina, debes quedarte aquí.

—Me duele, no quiero estar aquí, quiero salir de este lugar—se quejó. Sufría un desasosiego espantoso mezcla de ansiedad y terror.

—Calma preciosa, ten calma, todo está bien, yo estaré aquí para ayudarte.

Tranquila, no tengas miedo. Tienes a un montón de parteras aquí y también doctores, todo saldrá bien—insistió Valenti y tomó su mano y la besó y luego besó sus labios, un beso dulce y fugaz.

—Tranquila, está encajada perfecta para nacer y has dilatado lo necesario. Nacerá de un momento a otro y podremos verla a nuestra niña, nuestro ángel...

Varina comprendió que debía enfrentar sus miedos y hacerlos a un lado, su niña nacería y ella debía ayudarla, eso era lo único que importaba. Que estaba bien, todo estaba bien. Tendría parto y no cesárea y eso era lo mejor, el médico se lo dijo, pues luego la recuperación sería más rápida.

Respiró hondo como le habían enseñado en las últimas clases de parto y se concentró en pujar.

—Así preciosa, un poco más, puja más—le dijo su esposo.

Pujó varias veces hasta quedar exhausta, el dolor había cesado pero ahora se sentía mareada, sin fuerzas.

—Puje de nuevo señora, si lo hace con fuerza la niña podrá salir—le avisó la enfermera.

—Es que no puedo más, creo que voy a desmayarme—dijo Varina desesperada.

—No, respira hondo, tranquila, no vas a desmayarte.

Ella lloró.

—No puedo respirar—se quejó.

De inmediato le acercaron una máscara de oxígeno y esperaron que se recuperara.

—Dejen que descanse un poco, está muy nerviosa—dijo el médico.

—¿Qué tiene, doctor? ¿Por qué se puso así?—preguntó Valenti nervioso.

El médico dijo que Varina estaba bien.

—Creo que está asustada, pero es necesario que pujan y se evite una cesárea, si pujan dos veces más el bebé nacerá y está bien, los signos vitales son estupendos, ¿lo ve?—dijo señalando ese aparato que monitoreaba al bebé y a la madre a la vez.

Valenti no entendía nada de lo que veía pero confió en que ese médico sabría qué hacer en situaciones como esa. Miró a Varina preocupado y besó su mano y se acercó para hablarle.

—Tranquila mi amor, todo estará bien, respira hondo... debes pujar cuando te digan, un poco más y podremos ver a nuestra niña.

Varina lo miró con la máscara de oxígeno y lloró, estaba asustada, tenía mucho miedo de desmayarse y que la niña no pudiera nacer, pero debía enfrentarlo, respirar hondo... Todo saldría bien, sólo unos pujos más...

Las contracciones se hicieron más fuertes como si su útero quisiera actuar sin su ayuda, harto de sus miedos y Varina pujó, pujó como le decían las enfermeras y poco después la vio a la distancia, a su niñita que gritaba furiosa y llenaba la habitación con su llanto mientras estiraba sus bracitos y la envolvían en una manta.

Valenti vio a la pequeña demasiado emocionado para hablar, su hija, su pequeña niña estaba allí, pequeñita, roja y gritona, tan hermosa.

—Por favor, quiero ver a mi hija, ¿por qué se la llevan?—gritó Varina desesperada.

—Le harán controles de rutina, señora, pero la traerán enseguida.

—Pero está gritando, no deja de llorar.

—Es normal, está estrenando sus pulmones—le respondió una enfermera.

Varina estaba angustiada, quería ver a su niña.

—Tranquila, ya la traerán. Es preciosa, ¿la viste? Se parece mucho a ti.

Ella miró hacia la puerta de la sala de partos desesperada y entonces la vio entrar envuelta en una manta rosa con un gorrito que le quedaba grande y sus gritos, lloraba desesperada y furiosa.

—Aquí está señora, la niña está perfecta. Pero tiene hambre.

Varina pensó que era el momento más feliz de su vida, cuando tomó a esa niñita gritona y hermosa en sus brazos y la estrechó contra su pecho y besó su cabeza... Era preciosa, pequeña y regordeta, de carita redonda y cachetes inflados. Una verdadera muñeca y gritaba pobrecita, gritaba y abría su boquita como si quisiera comer. La abría y cerraba y volvía a llorar al ver que no tenía lo que buscaba. Pero cuando besó sus cachetes inflados y rosados sintió que le daba un besito en respuesta. ¡Qué tierna era! Dejó de llorar al instante y las enfermeras le dijeron que debía prenderla al pecho porque tenía mucha hambre y la ayudaron a hacerlo.

Tenían razón, la pequeñita estaba hambrienta, recién nacida y ya quería comer. Sintió cómo buscaba su alimento y lloraba porque tal vez tenía hambre.

—Creo que no tengo leche todavía—se quejó Varina, nerviosa.

—No se preocupe señora, la niña hará que le baje rápido, tiene una succión estupenda. Además el calostro, que es la primera leche, es muy bueno para los bebés.

Varina miró a su esposo y se emocionó.

—Gracias por hacerme este bebé—le dijo luego y sonrió tentada—Estaba tan

asustada pero ahora, me siento tan feliz, tan plena. Creo que voy a llorar.

Él se acercó y la besó.

—Gracias a ti por darme una beba tan hermosa, mi amor y te haré todos lo que quieras, preciosa—le respondió Valenti.

Y quiso tener a su hija en brazos pero tuvo que esperar a que la niña terminara de alimentarse. Estaba muy concentrada en comer todo lo que pudiera y lloró cuando la apartó de su madre.

—Hey muñequita, mírame, soy tu papá, yo te hice ¿eh? —dijo.

Pero la bebita estaba de mal humor y lloró y él sonrió al ver esa carita de muñeca haciendo un gesto parecido a Varina cuando se enojaba. Rosadita y de cabello rubio enrulado, era su viva imagen. Su hija, su bebé, el fruto de su amor había nacido y era hermosa y gruñona. Tenerla en brazos parecía un sueño hecho realidad, había tenido tanto miedo... pero allí estaba y era tan pequeñita.

Y en respuesta a sus pensamientos la niña lloró desconsolada y tuvo que regresarla con su madre.

Ella dejó de llorar al instante.

—Es que siente tu olor, los recién nacidos tienen muy desarrollado el olfato y cuando los alejan de su madre lloran, se sienten perdidos—le explicó una enfermera.

Varina les dio las gracias mientras la llevaban a su nueva habitación. No tenía palabras para agradecer su ayuda en esos momentos tan difíciles y tan especiales para ella.

Y mientras la derivaban a una habitación privada se llevaron a la pequeña para hacerle estudios de rutina. Varina se sintió despojada cuando eso ocurrió.

—¿Por qué se la llevan?—se quejó.

—No te preocupes, son controles de rutina, además tenían que vestirla dijeron.

—Sí, de veras, sólo le pusieron un pañal y un gorrito.

—Es que lloraba tanto que no les dio tiempo a vestirla.

—Bueno, menos mal que pasó mientras me bañaba, porque si nos agarra en el vuelo habría sido una locura.

Entraron en su nueva habitación y Valenti recibió una llamada del trabajo, era su hermano.

—Haz lo que te parezca Tulio, no puedo ir ahora, creo que es tiempo que compartas un poco responsabilidades.

—¿Qué has dicho? Lucio ¿te sientes bien?

—Sí, me siento estupendo, acaba de nacer mi hija. Pero dile a mamá que no venga porque no nos quedaremos aquí, viajaremos apenas le den el alta a Varina.

—¿Nació Romina? Bueno, felicitaciones. ¿Todo está bien?

—Sí, es preciosa como su mamá.

Cuando cortó la llamada Varina lo miró intrigada.

—¿Hablabas con tu hermano Tulio?

—Sí.

—¿Y lo dejaste al mando?

—Bueno, ya es hora de que esté al mando. Ha cambiado bastante, ¿sabes? Su esposa casi lo deja y creo que eso lo hizo bajar a tierra un poco. No puede seguir actuando como un adolescente estúpido atrás de las mujeres. Yo le hablé, tiene tres hijos y una mujer que lo ama, debe pensar en ellos, es tiempo que lo haga y deje de

comportarse como un bastardo egoísta. También lo afectó un poco lo que te pasó, se sintió culpable porque él sospechó de Tadeo y no me dijo nada porque no le dio importancia. En fin, te diré que mi padre nos educó para esto y él sabe tanto como yo de la empresa y necesita asumir responsabilidades, ya es tiempo de que lo haga.

—Pues me parece una idea estupenda, Valenti. Así tendrás más tiempo para tu familia, para nosotras.

De pronto sintieron el llanto de un bebé y supieron que se acercaba su hija traída en una cunita por una enfermera. Y allí estaba, vestida de rosa y blanco como una princesita clamando por su madre y nada más tomarla en sus brazos se calmaba y dejaba de llorar.

Varina vio a su pequeñita llorona y se emocionó y besó su carita rosada.

—Preciosa, ya estás con tu mamá, todo estará bien—le dijo—te amo pequeñita.

Tenía hambre por supuesto y no se calmó hasta extraer esa leche líquida y luchó porque no quedara ni una gota. ¡Qué glotona era! Valenti le sacó fotos con ese teléfono gigante que tenía y Varina lo miró sintiendo que a pesar de todo lo que había sufrido ahora era inmensamente feliz con su niña y su marido. Había tenido tanto miedo de perderle... pero la emoción de ser madre y ver a su hijita preciosa y sana, ansiosa de alimentarse y gritar y portarse mal la colmaban de felicidad.

Regresaron a Italia días después y decidieron quedarse en la casa del lago los primeros días porque Varina no quería regresar al departamento ni ver más ciudades por el momento.

Su suegra estaba encantada y no había quién la alejara de la cuna, estaba enloquecida con su nieta y Varina agradeció su ayuda porque no quería dejar a su pequeñita en manos de niñeras o enfermeras. Quería cuidarla ella y por momentos se sentía exhausta pero feliz.

Valenti se tomó una licencia del trabajo, licencia por tiempo indeterminado hasta poder resolver dónde vivirían y también porque debía ver a sus abogados por el asunto de Tadeo. Él no hablaba con su esposa sobre eso y procuraba que no lo afectara pero esperaba poder lograr una condena adecuada y de muchos años. Estaba detenido como en un hotel mientras esperaba su condena y eso lo enfurecía, quería verlo tras las rejas, en una prisión de alta seguridad.

Varina todavía tenía pesadillas por culpa de ese enfermo y lo único bueno es que el nacimiento de su hija la mantenía ocupada y feliz cuidándola, nunca se quejaba pero él la veía cansada. Quería cuidar sola a su bebé pero tal vez fuera demasiado. La alimentaba a toda hora, la cambiaba, la bañaba y le cantaba para que se durmiera. Había días en que nada la calmaba y lloraba y lloraba sin parar.

A veces tenía días más tranquilos.

Al menos se alimentaba bien y había aumentado bastante cuando la llevaron al control pediátrico una semana después.

Varina lloraba a veces y eso lo preocupaba, pensaba que era porque había quedado más sensible luego de nacer Romina pero temía que fuera algo más, temía que fueran secuelas de la difícil experiencia que vivió esas semanas. No había podido asistir a terapia, no quería apartarse ni un segundo de su hija y pensaba que tal vez la ayudara poder conversar con una terapeuta una vez a la semana.

Ellos no hablaban de eso y él tenía prohibido a sus amigos y familiares mencionarlo, y mucho menos hacer preguntas.

Él la veía bien con su bebita, siempre estaba alegre y nunca se quejaba de estar cansada pero pensó que debía convencerla de contratar a una niñera.

Al llegar a la casa su madre se acercó.

—Lucio, debes hacer algo. Varina está muy cansada, la pobre ni duerme por atender a la niña. Se va a enfermar—dijo abriendo los ojos mostrando su mejor expresión de horror.

—¿Qué pasó?—preguntó Lucio aturdido.

Su madre no lo dejó pasar.

—Nada, todo está bien pero creo que debes hacer algo. Tú eres su marido a ti te escuchará, pero ella no puede seguir cuidando a la bebita sola, necesita ayuda. Es urgente.

—Sí, lo sé pero no le digas nada ¿sí? Está muy sensible y no quiero que se moleste o se enoje contigo, mamá. Sé que has hecho mucho por ayudarla estos días pero... yo hablaré con ella.

—Hazlo sin demora. Está muy pálida y cansada, no se queja pero yo la veo y temo que sufra un desmayo—replicó Ofelia, dramática.

De haberla oído Varina habría dicho que era una vieja exagerada, ella estaba estupendamente bien cuidando a su hija.

Cuando Valenti entró en la habitación la encontró en la cama dormida y la pequeñita en su cuna, había comenzado a lloriquear para llamar la atención. Dormía poco durante el día pero decían que era normal.

Se acercó para tomarla en brazos y sonrió cuando ella lo miró con sus grandes ojos azules.

—Hola mi amor, tu papá llegó. Sabes que soy tu papá ¿verdad?

La niña se quedó mirándole mientras comenzaba a lloriquear un poco más fuerte.

—No, no hagas eso, despertarás a tu mamá—le dijo.

La pequeña comenzó a abrir la boca como si estuviera diciéndole: “es que tengo hambre”. Vivía con hambre, era una glotona consumada.

Y al final se salió con la de ella, despertó a su madre con sus gritos.

Varina sonrió contenta de que regresara temprano a casa. Él le llevó a la pequeña para que la alimentara.

Pero cuando más tarde le habló de contratar una niñera dijo que ella estaba bien y se las arreglaba.

—No quiero una mujer extraña en la casa cuidando a nuestra hija, en ocasiones son muy irresponsables.

—Bueno, pero pediré buenas referencias, te lo aseguro.

—No me gusta ver gente extraña con mi hija.

—Preciosa, estás muy cansada y casi no descansas en todo el día, ni puedes

dormir toda la noche porque la niña quiere comer todo el tiempo.

—Bueno, es que tiene que alimentarse pobrecita. Yo puedo no te preocupes, más adelante tal vez lo considere.

Pero cuando dos semanas después se mudaron a su nuevo hogar, a pocas cuadras de allí Varina tuvo que ceder. La niña no tenía ni un mes y estaba agotada, no podía más. Había adelgazado mucho y el médico que le hizo exámenes de rutina dijo que tenía anemia.

Y fue su tía quien se ofreció a ayudarla, ella la ayudaría a cuidar a Romina. Finalmente aceptó.

Al menos sabía que podía confiar en ella y además su bebita la quería, la veía y sonreía. Era tan hermoso verla sonreír en su nuevo hogar. Su padre iría a verla la semana entrante y estaba contenta, esperaba convencerlo de que se quedara en Italia un tiempo pues con esa bebita era imposible viajar en esos momentos, los aviones eran un cultivo de virus y bacterias.

—¿Te gusta tu nuevo hogar, preciosa?—preguntó él.

—Sí, me encanta... Imagino a nuestra bebé cuando pueda caminar corriendo por todas partes—respondió Varina que tenía a la bebé en brazos. Estaba despierta pero el sol tan fuerte hacía que cerrara sus ojitos y frunciera el ceño.

Su nuevo hogar. Una casa hermosa, espaciosa, en piedra y madera. Antigua y moderna y con unos jardines hermosos y cuidados. Imaginaba a su niña corriendo por esos jardines cuando fuera mayor.

Varina se sintió feliz en su nueva casa y la bebita también, lloraba menos que antes y por primera vez comenzó a dormir largas siestas.

Era feliz en su nuevo hogar pero había algo que todavía le faltaba.

Sabía que era tiempo de retomar la intimidad con su marido, que él había esperado paciente luego del nacimiento de su hija y sólo se habían besado y abrazado cuando se iban a dormir pero nada más.

Ella deseaba estar con él pero tenía miedo y esa noche mientras salía del baño se miró en el espejo del comedor y luego vio la cama de dos plazas con ese cobertor gris perla tan bonito y suspiró. Sus ojos vieron a Valenti parado frente a la cama esperando su llegada.

Se moría por estar entre sus brazos y al ver que sonreía se acercó.

—Estás preciosa, Varina—dijo él y se acercó para tomarla entre sus brazos, para besarla.

Había echado tanto de menos sus caricias, la intimidad tan ardiente que compartían, todos los días sexo, dulce como el fuego. Y cuando la tomó entre sus brazos y le dio un beso apasionado sintió que ese deseo dormido despertaba.

—Te amo preciosa... pero si quieres, puedo esperar, si no estás lista o no quieres—le dijo él. Temía ser rechazado, temía no ser oportuno, le habría gustado recibir una señal de que estaba preparada para él.

Le sorprendió que Varina no lo rechazara.

—Quiero que todo sea como antes, antes de que... ese maldito me raptara. Pero no sé si tú puedas perdonarme que...—dijo ella.

—No digas eso, por favor, no tengo nada que perdonarte, no fue tu culpa Varina, mírame.

—Pero yo soñaba que fueras sólo tú, nadie más debía tocarme ni... No quería

estar con él, si hubiera podido escapar a tiempo.

—Eso no importa, no pienses eso. No fue tu culpa, por favor, deja de culparte. Ese malnacido pudo matarte, era un psicópata ¿sabes? Y pagará por lo que hizo, te lo aseguro, le espera un largo tiempo en prisión.

Ellos no hablaban de eso, pero Valenti había hecho hasta lo imposible por pedir más pena y finalmente lo había conseguido. Tadeo estaría en una prisión francesa de máxima seguridad por quince largos años.

—Preciosa, deja de culparte por esto, estás viva, tú y nuestra hija y eso vale oro para mí. Estás viva, sé que te hizo daño y que esto te afecta mucho sí pero no pienses que eso cambia algo de lo que siento por ti porque no es verdad. Te amo Varina, eres hermosa, eres mi mujer y mi familia y no pienses que lo hice por esa maldita empresa, la empresa fue mi excusa porque siempre fui un cobarde, no quería casarme ni tener responsabilidades pero yo cambié por ti. Y me muero por hacerte el amor, ven aquí...

Varina se emocionó al oír sus palabras y se dejó envolver por sus besos y arrastrar a la cama.

Su vestido ligero cayó al suelo y él atrapó sus labios y sus besos se deslizaron por sus pechos mientras sus manos la acariciaban con suavidad. Era tan suave y sensual, era el hombre que amaría el resto de su vida y en sus brazos pudo exorcizar el dolor y el miedo por todo lo que había pasado antes de nacer su hija.

Y cuando la poseyó y le susurró que la amaba respondió a su pasión y rodaron por la cama como en los viejos tiempos. Deseaba tanto estar con él.

—Te amo Valenti, tuve tanto miedo de perderte que... no habría podido vivir

sin ti—le dijo emocionada, abrazándolo con fuerza.

—Preciosa, nadie va a robarte de mi lado nunca más, te lo juro. Lo mataré si vuelvo a verle algún día, lo haré. Nada debes temer preciosa, perdóname Varina, debí cuidarte yo en vez de dejar a esos inútiles.

—No digas eso por favor, no fue tu culpa mi amor, cómo ibas a imaginar algo así.

—Sí fue mi culpa, te dejé encerrada, temía que me abandonaras cuando supieras de ese testamento y estaba desesperado, habría hecho cualquier cosa por impedirlo pero no hice lo principal, quedarme contigo, irnos a Paris, a otro lado donde tuviera más vigilancia. Me confié en los guardaespaldas sin imaginar que esos malnacidos se habían vendido a mi enemigo mucho antes. Eres tú quién debe perdonarme, estuve a punto de perder lo que más amaba en esta vida, mi amor a ti preciosa y a nuestra niña. No quería vivir si eso pasaba, no habría podido soportarlo.

—Lucio, no, no digas eso.

—Es verdad, Varina, te hablo con el corazón para que sepas que he aprendido la lección. Ese maldito te raptó a punto de dar a luz porque quería que la niña tuviera su apellido, lo tenía todo planeado. No habrías podido escapar y cuando pienso en eso te juro que quisiera pagarle a un mafioso para que lo liquidara en la cárcel. No merece menos, te juro que lo haría por todo lo que te hizo sufrir.

—No, no hagas eso. Que se pudra en la cárcel, eso es mucho peor que estar muerto Valenti, te lo aseguro.

—Te amo Varina, y quiero que sepas que siempre voy a amarte y que nada es más importante en mi vida que tú. Sé que te descuidé y pagué muy caro mi error. Esto

fue una dura prueba para ti. Pero nada va a separarnos jamás, nada mi amor.

Varina se emocionó al oír sus palabras.

—Te amo con toda mi alma Lucio, te amo mi amor y quiero que sepas que luché para regresar a ti, que soporté todo eso porque la esperanza de volver a verte me mantuvo viva. Fue el amor tan grande que siento por ti.

Él la besó, un beso ardiente y apasionado y luego rodaron por la cama y luego cayeron exhaustos sin dejar de besarse.

—Mi amor, esto me recuerda a los viejos tiempos, cuando hacíamos el amor toda la noche—dijo Varina.

Él sonrió en la penumbra.

—Y voy a hacerte el amor preciosa toda la vida, y nada nos va a separar jamás. Y en un tiempo te haré otro bebé, pero sólo cuando tengas una niñera de confianza, no antes.

Varina rió y lo besó.

—Sí, quiero que me hagas muchos bebés Valenti, quiero un niño que sea igual a ti...

Él la besó.

—Te amo, preciosa—le dijo al oído—Ven aquí, quiero abrazarte muy fuerte, quiero sentirte cerca de mí.

Ambos se miraron en la penumbra, abrazados y desnudos, tan cerca el uno y el otro. Varina sintió que esa noche era mágica y que ambos habían podido abrir su corazón y desahogarse y que lo más importante era que había podido hacer el amor con su amado jefe sin pensar en ese demonio, sin recordar nada de lo que había pasado.

Era un nuevo comienzo, era la oportunidad que tanto esperaban de recomenzar su vida, juntos, y sentir que a pesar de todo lo malo que había pasado ese año estaban más unidos que nunca.